

CRISTIANIDAD



LA VIRGEN DE SCHOLA

SCHOLA CORDIS IESU

En las páginas de esta revista, debida a la iniciativa de los que habían recibido su formación en SCHOLA CORDIS IESU, se ha tratado varias veces sobre el origen y el desarrollo de esta Sección fundada por el P. Ramón Orlandis, S. I. (1873-1958) en el Apostolado de la Oración en Barcelona.

Nacida en 1925, la obra, que había ido madurando a través de etapas diversas, condicionadas a veces por circunstancias externas, y que se había integrado, desde 1940, como parte del Centro del A. de la O. de la Iglesia del Sagrado Corazón (PP. Jesuitas), fue erigida canónicamente como propia Sección del Apostolado de la Oración en el ámbito diocesano barcelonés en 6 de enero de 1960, conforme a unos Estatutos que habían sido elaborados con intervención del P. Ramón Orlandis, y aprobados por la Dirección General del A. de la O. en Roma.

Posteriormente, en el año 1970, SCHOLA CORDIS IESU se reorganizó de acuerdo con un criterio de mayor iniciativa y responsabilidad seglar, por medio de unos nuevos Estatutos, adaptados a los que en 1968 se habían promulgado para el Apostolado de la Oración, y de acuerdo con la doctrina y orientaciones del Concilio Vaticano II sobre el apostolado de los laicos.

Ahora, y con motivo de una iniciativa tomada por el P. Director Nacional del Apostolado de la Oración en España, P. Luis Mendizábal, S. I. SCHOLA CORDIS IESU puede ofrecer una aportación al servicio de la tarea universal del propio Apostolado.

En los días 8 a 10 de diciembre de 1979 el P. Mendizábal presidió en nuestro local de Lauria, 19, 2.º y en la Residencia *Mater Salvatoris* del Tibidabo unas reuniones orientadas a la institucionalización de SCHOLA CORDIS IESU como Sección en el ámbito de toda España.

De aquellas reuniones saldría el acuerdo de unas jornadas de retiro espiritual y trabajo en común que tuvieron lugar en la casa de ejercicios de Burlada (Navarra). Fruto de aquellas jornadas fue la elaboración de un proyecto de Estatutos de Schola Cordis Iesu, en cuanto Sección Nacional del Apostolado de la Oración, que damos a conocer en las páginas de este número, junto con trabajos que desarrollan el contenido de las ponencias allí desarrolladas.

PROYECTO DE ESTATUTOS DE SCHOLA CORDIS IESU

SECCION NACIONAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

I. INTRODUCCION

El A. de la O. estimula la actividad apostólica

El programa de espiritualidad que el Apostolado de la Oración ofrece se funda en el principio de la vocación universal de todos los fieles al apostolado, y su participación, por el bautismo, en el oficio sacerdotal, profético y regio de Cristo.

El ofrecimiento diario en unión vital con el Corazón de Cristo en el Sacrificio Eucarístico, y en espíritu de reparación y consagración, ha de entenderse como *oblación espiritual* que constituye el ejercicio del sacerdocio común de los fieles.

Esta oblación espiritual es inseparable del ejercicio de la función profética del cristiano, porque exige un testimonio de vida que manifieste a Cristo y dé testimonio de la verdad. (Estatutos del A. de la O. II, 1). Por ello el Apostolado de la Oración estimula a sus asociados al ejercicio de la actividad apostólica —ya se trate del apostolado individual, ya del que se realiza en las diversas asociaciones del apostolado activo—, aunque no ejerce, por sí mismo, actividades propias de otras asociaciones.

Actividad específica del A. de la O. como escuela de formación espiritual

Al Apostolado de la Oración compete una actividad apostólica propia y específica: la de difundir entre los fieles su programa de espiritualidad, y la de trabajar en la formación de sus miembros para que se hagan aptos para propagar el propio Apostolado de la Oración por cuantos medios sean conducentes para dar a conocer aquella doctrina y espiritualidad.

El Apostolado de la Oración no es sólo una asociación de orantes sino también una escuela de formación espiritual y apostólica. De aquí que los Estatutos aprobados por el Papa Paulo VI en 27 de marzo de 1968 establecen que la Asociación ha de trabajar en «formar los más posibles entre los socios en una espiritualidad propia para promover el “Apostolado” y el espíritu apostólico, con el nombre de Promotores o Dirigentes», y precisan que «a este fin promueva el “Apostolado” cursos de formación espiritual, apostólica, litúrgica, bíblica, ecuménica, según el Decreto del Concilio sobre *Apostolado de los seglares* (cap. 6)» y que «todos los socios, pero mucho más los Promotores, procuren por todos los medios (aún los modernos de comunicación social) que se extienda de día en día entre los fieles la práctica de la oración y vida cristiana». (Estatutos del A. de la O. III, 1, y 2).

**Las Secciones.
Sentido de una Sección
de carácter formativo
y orientador de la
responsabilidad
del cristiano seglar**

Las que se conocen como Secciones del Apostolado de la Oración responden a la conveniencia de adaptar mejor su programa de espiritualidad y su actividad apostólica propia a las diversas circunstancias de la Iglesia y de las personas (Estatutos del A. de la O., V). De aquí la razón de ser de una Sección que, al especializarse en las tareas de formación de Dirigentes, Promotores o Celadores, se oriente a procurar que sus asociados encuentren en el ideal del Reinado de Cristo por su Corazón el criterio orientador para el cumplimiento de las responsabilidades propias del cristiano, especialmente del laico, que en cuanto partícipe del oficio regio de Cristo, ha de trabajar en la instauración en Cristo de todo el orden de las cosas temporales.

**La fundación de
Schola Cordia Iesu**

El P. Ramón Orlandis, S. I. (1873-1958) dio el nombre de SCHOLA CORDIS IESU a una Sección que incorporó, en el año 1940, al Centro del Apostolado de la Oración de la Iglesia del Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús en Barcelona, integrada por un grupo de seglares que venía formándose bajo su dirección, desde el año 1925, en el espíritu y la doctrina del P. Enrique Ramière, S. I.

**Espiritualidad
y doctrina del
P. Ramón Orlandis:
El Corazón de Cristo Rey
signo de esperanza para
el mundo**

El magisterio espiritual del P. Ramón Orlandis, S. I., insistía en hacer comprender el valor espiritual y social de las revelaciones de Paray-le-Monial, en el sentido de los escritos y de las empresas del P. Enrique Ramière, que prepararon providencialmente la consagración del mundo al Corazón de Jesús y la institución de la fiesta de Cristo Rey como signo de esperanza para la Iglesia y el mundo, y en la vida y espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús como mensajera del amor misericordioso del Corazón de Jesús (Ramón Orlandis, S.I., «Pensamientos y ocurrencias», CRISTIANDAD, núm. 259, 1-VI-1955, págs. 200-202).

**Aprobación de los
Estatutos
de Schola Cordis Iesu**

Aprobados sus Estatutos por la Dirección General del Apostolado de la Oración, SCHOLA CORDIS IESU fue erigida canónicamente como una Sección, en el ámbito de la diócesis de Barcelona, el 6 de enero de 1960. Por Decreto del Arzobispo de Barcelona de 3 de septiembre de 1970, se aprobaron unos nuevos Estatutos, en conformidad con los del Apostolado de la Oración de 1968, adoptados a la doctrina y orientaciones del Concilio Vaticano II sobre el lugar de los laicos en la Iglesia y su apostolado. (Cfr. *vLumen Gentium* y *«Apostolicam actuositatem»*.)

**La Revista Cristiandad
fruto de Schola Cordis
Iesu**

Esta Sección fructificó, a partir de 1944, en la publicación de la revista CRISTIANDAD debida a la iniciativa de los socios de SCHOLA CORDIS IESU, y consagrada a difundir el ideal expresado en su lema: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María», por medio de una consideración de los acontecimientos humanos desde una perspectiva sobrenatural iluminada por el ideal y la esperanza del Reino de Cristo.

**Propósito de difusión
en toda España**

Con los presentes Estatutos se define una Sección del Apostolado de la Oración, de ámbito nacional español, que toma el nombre y se inspira en el programa de esta Sección barcelonesa.

II. QUE ES SCHOLA CORDIS IESU

El Nombre

Con el nombre de SCHOLA CORDIS IESU se significa una Sección del Apostolado de la Oración destinada a formar miembros aptos para difundir el programa de espiritualidad del Apostolado, y que para ello se esfuercen en la comprensión del culto al Sagrado Corazón de Jesús y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno.

Naturaleza y fin de Schola Cordis Iesu

SCHOLA CORDIS IESU constituye, así, la adecuación del Apostolado de la Oración a las necesidades y aptitudes de los seculares que se sientan llamados a encontrar en el culto al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado y Maternal Corazón de María, el impulso y orientación para trabajar por la instauración de su Reinado en todos los órganos de la vida humana. A la vez que sirve a los fines apostólicos propios del Apostolado de la Oración, SCHOLA CORDIS IESU estimula y orienta al servicio del Reino de Cristo la actividad personal de cada uno según su concreta vocación cultural y social, y en el ámbito de las responsabilidades del cristiano seglar en el campo familiar, ciudadano y profesional.

III. PROGRAMA ESPECIFICO DE ESPIRITUALIDAD Y DOCTRINA

El Reinado del Sagrado Corazón

1. Inspirándose en la doctrina del P. Enrique Ramière, S.I., y de acuerdo con el magisterio de la Iglesia, considera la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como íntima e indestructiblemente relacionada con el reconocimiento de la Realeza de Cristo, y como señal de esperanza providencialmente destinada a ser bandera de paz, de unidad y de salvación para el mundo.

El culto al Espíritu Santo

2. Orienta a sus asociados a penetrar íntimamente en la conexión entre el culto al Corazón de Jesús, fuente y manantial de todas las gracias, y la devoción al Espíritu Santo «que mora en la Iglesia y habita en los fieles como en su templo, dando testimonio de su filiación adoptiva» y que «infunde en nuestros corazones la caridad por la que podemos amar a Aquel que nos amó con corazón de hombre» (Estatutos del Apostolado de la Oración, II, 2).

En unión con María Madre de la Iglesia

3. Insta a sus asociados a vivir íntimamente unidos a María, Madre de la Iglesia, y a penetrar en el sentido de esta devoción, conforme a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, sobre la función de María en el misterio de Cristo y en la economía de la salvación.

Sentir con la Iglesia

4. Formará en sus asociados el conocimiento de la vida del cristiano como miembro de la Iglesia, nacida del Corazón abierto de Jesús. Convencidos de que «por el mismo Espíritu y Señor nuestro que dio los diez mandamientos es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia», tiene como principio y norma la aceptación filial de las enseñanzas del Magisterio eclesiástico, solemne y ordinario, con especial atención al Concilio Vaticano II.

Los Ejercicios espirituales de San Ignacio

5. Considera como específicamente adecuado para fomentar en sus asociados el espíritu de oración y de unión con Dios en la acción, así como para estímulo e impulso de la vocación apostólica, el método de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.

Santo Tomás de Aquino y la armonía de la verdad racional con la fe

6. Para la armonía y síntesis con la fe de todos los conocimientos verdaderos y de todos los valores humanos, en orden al Reino de Cristo, se tiene por criterio el establecido por el Concilio Vaticano II: «estudiando con toda atención los nuevos problemas e investigaciones del progreso moderno, de modo que se vea más claramente cómo la fe y la razón tienden armónicamente hacia la misma verdad, siguiendo en ello las enseñanzas de los Doctores de la Iglesia, y de modo especial de Santo Tomás de Aquino» (*Gravissimum educationis*, núm. 10).

Santa Teresita del Niño Jesús y S. Francisco Javier Patronos de Schola Cordis Iesu

7. SCHOLA CORDIS IESU tendrá como Patronos a San Francisco Javier Patrón de las Misiones y del Apostolado de la Oración, y a Santa Teresita del Niño Jesús, también Patrona de las Misiones, y ejemplo de espiritualidad misionera por la oración y la oblación de la vida entera al amor misericordioso del Corazón de Jesús. (Cfr. Jesús Solano, S.I.: «Santa Teresa del Niño Jesús y el misterio del Corazón de Cristo», Apostolado de la Oración, Boletín Internacional de Dirigentes, 1973, julio, págs. 202-210; Roberto Cayuela, S.I.: «Santa Teresita del Niño Jesús Patrona del Apostolado de la Oración», CRISTIANDAD, núm. 479, enero 1971, pág. 16.)

IV. ACTIVIDADES PROPIAS

Actividades específicas

1. Son actividades propias y específicas de SCHOLA CORDIS IESU todas aquellas, de formación espiritual o cultural, que puedan ser conducentes a los fines expresados en la Introducción y en los artículos de los presentes Estatutos.

Difusión del ideal apostólico por los medios modernos de comunicación social

2. Se procurará que el conjunto de las diversas tareas de estudio y formación, ofrecidas a los asociados, los hagan aptos para difundir el ideal del Reino de Cristo por su Corazón y el programa espiritual del Apostolado de la Oración, por todos los medios, aun los modernos de comunicación social.

La Teología de la historia

3. Para la comprensión adecuada del ideal del Reinado de Cristo en la sociedad humana, las tareas de SCHOLA CORDIS IESU se centrarán de un modo especial, siguiendo el ejemplo del P. Enrique Ramière, S.I., en el estudio de la Teología de la Historia, en la que se contemplan los acontecimientos y el curso de la historia humana desde la perspectiva de las esperanzas de la Iglesia, expresadas en la fiesta de Cristo Rey y en la Consagración del mundo al Corazón de Jesús.

**Publicaciones.
Tareas educativas
y de vitalización cristiana
del orden temporal.**

4. SCHOLA CORDIS IESU estimulará a sus asociados a colaborar activamente en publicaciones y obras dirigidas a la vitalización cristiana del orden temporal en el espíritu del Reino de Cristo por su Corazón (Revista CRISTIANDAD); los impulsará también a trabajar al servicio de las tareas de educación cristiana en el ámbito familiar y escolar en todos sus grados; procurará ayudarles en la orientación de su vida como testimonio y servicio al Reino de Cristo en los ámbitos concretos de sus responsabilidades sociales.

**Al servicio del Apostolado
de la Oración**

5. Estimulará también a sus asociados, de un modo especial, al trabajo activo en las tareas comunes del Apostolado de la Oración y las de sus Secciones (Cruzada Eucarística y Movimiento Eucarístico Juvenil, Jóvenes para el Reino de Cristo, etc.).

**La consagración de las
familias y el rezo
del Santo Rosario**

6. En el espíritu de instauración del Reino de Cristo en la sociedad por la Consagración al Corazón de Jesús, dedicará atención especial a fomentar, especialmente entre sus asociados, la Consagración familiar al Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. Con esta misma intención trabajará para mantener y difundir el rezo del Rosario en familia.

**La oblación de la vida
y el sacrificio eucarístico**

7. Para mejor vivir colectivamente la oblación espiritual propia del Apostolado de la Oración los socios de SCHOLA CORDIS IESU se reunirán colectivamente, con la frecuencia oportuna, en el Sacrificio Eucarístico en el que aquella oblación será realizada por los asociados.

**Espíritu de oración
y seriedad en el estudio**

8. Las sesiones de estudio, círculos, conferencias o cursos se desarrollarán siempre como servicio para una formación apostólica, por la que estas actividades irán acompañadas, al iniciarse y al concluir, de alguna plegaria en común. Estas sesiones formativas se deberán desarrollar con la frecuencia exigida por su temática y buscarán la maduración de quienes asisten a ellas.

Otros medios adecuados

9. Donde las circunstancias y posibilidades lo permitan, será procedente constituir bibliotecas especializadas, hemerotecas, etc., en cuantas materias resulten conducentes para los fines propios de la Sección.

V. ESTRUCTURA Y ORGANIZACION

Normativas concretas

1. SCHOLA CORDIS IESU, como Sección del Apostolado de la Oración, se regula por los Estatutos de dicha Asociación y de manera específica por las normas peculiares contenidas en los presentes Estatutos. En conformidad con éstos, cada grupo o centro podrá establecer su normativa concreta.

**Atención a las
circunstancias
y al ambiente**

2. SCHOLA CORDIS IESU podrá ser erigida, siempre de acuerdo con las normas del Apostolado de la Oración y de sus Secciones, en aquellos Centros del Apostolado o de otras organizaciones apostólicas cuyos Directores o responsables lo juzguen conveniente y atendidas las circunstancias de las personas y el ambiente social y cultural.

**Posibilidad
de organización colegial**

3. Allí donde se juzgue conveniente constituir SCHOLA CORDIS IESU como Centro del Apostolado de la Oración, se podrá: a) nombrar un Director para el mismo, o bien: b) establecer en sus Estatutos particulares los órganos colegiados que lo rijan y que tengan la responsabilidad de sus actividades. (Estatuto del Apostolado de la Oración, V.)

**Posibilidad de
un Secretariado Nacional**

4. La Dirección Nacional del Apostolado de la Oración, a la que compete instituir a nivel nacional la Sección (Estatutos del Apostolado de la Oración, V) podrá establecer un Secretariado Nacional propio para la misma.

**Asamblea anual
de las Secciones**

5. Los distintos Centros de SCHOLA CORDIS IESU se reunirán en convivencia o asamblea de carácter nacional, con una periodicidad por lo menos anual, en orden a tratar sobre actividades comunes, sobre la expansión y desarrollo de la obra, sobre su colaboración a las tareas del Apostolado de la Oración y de sus demás Secciones y de modo general sobre cuantas actividades conduzcan a difundir el ideal del Reino de Cristo por su Corazón.

**Posibilidad
de nombramiento de
Consiliarios para los
Centros de dirección seglar**

6. En el caso previsto en el número (V, 4, b) que precede y siempre que un cargo de responsabilidad directiva sea desempeñado por un seglar (Estatutos del Apostolado de la Oración, IV, 3), se podrá nombrar por la autoridad competente un Consiliario, sacerdote o religioso, que asesore a SCHOLA CORDIS IESU en sus actividades, integración y colaboración en las tareas generales del Apostolado de la Oración y demás obras apostólicas.



PENSAMIENTOS Y OCURRENCIAS

ESCRITOS POR EL P. RAMON ORLANDIS S. I., EN 1934

Hace cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella *legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso* de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús.

Estas almas por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. Estas almas arderían en celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y conocedoras de la realidad, profundamente desengañadas de sus propias fuerzas y valer y también de la eficacia de los medios semi-humanos y ordinarios, que nuestra pobre razón puede excogitar para hacer frente a las circunstancias y dificultades extraordinarias de nuestros tiempos, pondrían para su apostolado toda la confianza en el medio que el mismo Divino Redentor nos ha dado para vencerlas: la práctica y difusión de una sincera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según las normas y caminos que Jesús se ha dignado señalarnos.

Verdadera inteligencia de la devoción al Corazón de Jesús

Para mejor comprender lo que entendía yo por devoción sincera al Corazón de Jesús, convendrá indicar tres etapas por las cuales, desde que esta devoción se hizo pública y universal, se ha ido, a mi parecer, providencialmente desarrollando.

La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda los escritos y obras del

P. Enrique Ramière; la tercera la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de Santa Teresita del Niño Jesús.

1) La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, desvíos, menosprecios e injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias, que Él anhela concederles; pero además es una verdadera profecía de que Él reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.

Esta primera manifestación es por cierto atractiva, alentadora y llena de amor; pero en los escritos de Santa Margarita María aparece como sobre un fondo de austeridad y aparente dureza; es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y en su *Santidad de Justicia*, que mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermizas de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas.

2) La segunda etapa, considero yo que la marcan los escritos y las empresas del P. Enrique Ramière (del santo Padre Ramière, como le llamaba el P. Gignac). Los escritos: Apostolado de la Oración, Esperanzas de la Iglesia, Reinado social de

Jesucristo, Divinización del Cristiano, etc.; las empresas: Apostolado de la Oración y Liga del Corazón de Jesús, Mensajeros del Sagrado Corazón, Consagración individual y Social al Corazón de Jesús. La entronización difundida por los padres de los Sagrados Corazones, según declaración Apostólica, no se distingue sustancialmente de la Consagración propagada por el R. Ramière.

Todos los escritos y todas las obras del P. Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los escritos de Santa Margarita María; pero el P. Ramière, buen conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos, lleno por una parte de celo y de caridad verdadera y por otra del sentimiento de la impotencia de los esfuerzos humanos; pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social, y sin duda dirigido y llevado del Espíritu de Dios, propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural. Este sistema puede reducirse a pocas verdades fundamentales y aun cifrarse en dos principios, que son: el primero, el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y *divinización*; el segundo: el Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.

Lógica consecuencia de lo dicho es que todo el esfuerzo del P. Ramière, así en sus escritos como en sus empresas, vaya ordenado a acercar a los hombres a Cristo y a su Corazón sagrado por la oración humilde y fervorosa y por la consagración o entrega sincera, consciente y amorosa de sí y de sus cosas; y esto se empeña en que lo hagan no sólo como individuos, sino también como miembros de la familia y de la sociedad a que pertenezcan, para que en ellas reine Cristo.

El P. Ramière, profundo sociólogo, ve al mundo abocado a una catástrofe que tiene por humanamente inevitable; pero cree firmemente que Dios la puede evitar y aun para el caso que Dios la permitiera, estima como prenda segura de una subsiguiente espléndida restauración, la devoción al Sagrado Corazón y las promesas a ella vinculadas.

Nótese que *en la doctrina del P. Ramière es sustancial la relación íntima que descubre entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y fuente manantial de todas las gracias y la devoción a la*

Persona Divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación. Esta relación que abiertamente hace resaltar el P. Ramière, la vemos ya insinuada en las revelaciones de Paray.

También es muy de considerar en la doctrina espiritual y social del P. Ramière, la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.

3) En la forma que tiene Santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aun en su mismo estilo, hay un no sé qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días.

En los libros del P. Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados.

A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas, quiere que llegue también su llamamiento misericordioso el bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como médico Divino. Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y *pequeñas* envía el misericordioso Jesús a Santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos.

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de Santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina, de anhelos, de esperanzas del P. Enrique Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la Santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras, humilde y amorosamente. Mas, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente y sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte, sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea, que no pueda hallar allí su alimen-

to acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la Santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la *infancia espiritual*, sembrado de *rosas con espinas*, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso de Dios.

Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve y lo gusta.

Las almas tibias y sutilmente sensuales cogerán quizás de las enseñanzas de la Santa sólo las flores, con que las cubre y así distarán mucho de su espíritu, pensando que lo conocen y poseen; pero las almas débiles y humilladas, no; éstas encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.

Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de Gracia y de misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al Espíritu de Amor, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre. De esta manera el alma se emborrachará en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.

Por lo dicho se entenderá cómo concebía yo el espíritu y la formación de los que formarían la *legión*. Penetrados íntimamente del valor espiritual y social de las Revelaciones de Paray, no vacilarían un punto en aceptar como principal medio de su propia santificación y también de su apostolado el cumplimiento interno y externo, fervoroso y exacto, de los encargos y peticiones que en ellas hace el Sagrado Corazón ni en esforzarse en vivir del espíritu que las anima ni en poner siempre ante los ojos el ideal sublime que las impulsa y dirige. Encariñados con las gracias y luces que Dios ha derramado en Santa Teresita y en sus escritos y amaestrados por la experiencia de la virtud espiritual que en ellos se encierra, imitarían su manera de practicar y propagar el espíritu verdadero de la Devoción y de alentarse y esforzarse con sus promesas.

Por fin, no contentándose en cuanto les fuera dado, perezosamente, con la fe del carbonero, procurarían comprender humilde y amorosamente, con el P. Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga. Sabrían que no es algo accidental, sino en absoluto esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como Rey de las almas y de los pueblos; la trazabón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, etc., y otros puntos puestos en claro en los escritos del Padre y según estos conocimientos y convicciones más o menos íntimas y profundas, según la capacidad de cada persona y la luz que el Señor le comunicare, determinarían sus miras e impulsarían su acción.

LA BELLA PREHISTORIA DE «SCHOLA CORDIS IESU» Y «CRISTIANDAD»

LUIS CREUS VIDAL

«AL VISLUMBRAR AL ESPÍRITU CREADOR QUE SE CIERNE, COMO EN LOS PRIMEROS TIEMPOS, SOBRE LAS TURBIAS AGUAS...»

Era una tarde de invierno en 1932...

En un piso alto, un tercero, de la calle de Balmes, un grupo de jóvenes se reunía, como lo hacía frecuentemente varias veces por semana. Y no improvisadamente, sino desde mucho tiempo: años. Y lo hacía ahora con mayor unción, pues se adivinaba ya en el ambiente la gran persecución contra la Iglesia que había de hacer florecer tantos mártires en 1936.

Aquella tarde, este grupo recibía la habitual visita de un religioso tan venerable como vibrante y profundo. Su maestro.

Y fue en aquella ocasión en que éste les dio a conocer las formidables y llenas de sobrenaturalismo páginas finales de «La Soberanía Social de Jesucristo», del Padre Enrique Ramière. Resumen breve de toda una TEOLOGÍA DE LA HISTORIA... ¡que atronaron en el oído de aquellos fervorosos jóvenes como el estruendo del cañón!

«Este trabajo de aproximación, cuyo plan habían trazado las conquistas del Imperio Romano y que las expediciones de los navegantes van perfeccionando incesantemente, lo presentaba De Maistre en su completo desarrollo, merced a los descubrimientos de la ciencia moderna, en la persuasión de que así los sabios modernos, como los navegantes del Renacimiento, y los conquistadores romanos, fueron y son los instrumentos de que se sirve la Providencia para preparar la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.»

De Maistre no conocía aún ni las maravillas del vapor, ni las de la electricidad; pero se había hecho cargo, por una especie de intui-

ción, de la fusión material de los pueblos gracias a la cual estos dos poderosos motores tanto han facilitado su fusión moral. Ya en su tiempo veía operarse esta fusión por medio de las revoluciones políticas y el conocimiento muy extendido de los diversos idiomas. "Añadid —decía a su interlocutor de San Petersburgo—, añadid que los más largos viajes han dejado de asustar la imaginación, que el Oriente cede manifiestamente al ascendiente de Occidente... y podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su ignorancia, engáñase muchas veces respecto del fin y de los medios, de sus fuerzas y de su resistencia, de los instrumentos y de sus obstáculos. Unas veces quiere hender una encina con un cuchillo, otras lanza una bomba para quebrar una caña; pero la Providencia va recta a su fin, y no en vano agita el mundo. Todo anuncia que marchamos hacia una grande unidad, a la cual, valiéndome de una expresión religiosa, hemos de saludar de lejos. Nos hallamos dolorosa pero muy justamente pulverizados; mas si unos ojos tan miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, creo que esta pulverización tiene por objeto facilitar la aleación".»

«¿Este modo de ver tan animoso es, en realidad, opuesto al de Donoso Cortés? No: es únicamente distinto y quizá más completo, al menos en su expresión. Todos los signos del fin del antiguo mundo que llaman la atención de Donoso Cortés, De Maistre los ve como él; pero él ve además los signos de la creación de un mundo nuevo. Empleando una de sus expresiones, ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en borrar la página que la razón humana sublevada contra la fe, se ha ocupado en escribir por espacio de tres siglos;

pero la ve al propio tiempo dispuesta a escribir sus propias obras en esta página anulada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos, reconoce el gran filósofo las prendas de la óptima cosecha que se prepara, y al vislumbrar al Espíritu creador que se cierne, como en los primeros tiempos, sobre las turbias aguas, repite con la Iglesia estas consoladoras palabras del Salmista: "Enviaréis a vuestro Espíritu, y se hará una nueva creación y renovaréis la faz de la tierra."»

«Y AQUÍ NUESTRO PADRE NOS HABLABA DE LAS COSAS DE DIOS...»

¿Qué era aquel Grupo? ¿Y quién era aquel Padre o Maestro?

El Grupo era nuestra aún entonces naciente SCHOLA. Y el Maestro era nuestro Fundador y Padre, Ramón M. Orlandis y Despuig.

Quisiéramos que nuestros lectores tuvieran a mano nuestro número 398, de «CRISTIANDAD», abril de 1964, y el artículo que escribimos al cumplir nuestra Revista los veinte: «VEINTE AÑOS, CUARENTA AÑOS». ¡Y desde la citada fecha de tal número han transcurrido nada menos que dieciséis más!

Permítase al viejo que redacta estas líneas —como ha hecho de otros sucesivos y anteriores aniversarios— volver a recordar a los jóvenes de hoy, a estos tan queridos jóvenes que tan gallardamente levantan de nuevo la antigua bandera, las cosas de hace ya más de 55 años («SCHOLA») y 36 («CRISTIANDAD»).

Y excúsenos el reproducir aquellas líneas —pues la unción del recuerdo no admite otras— del referido número, en su página 83:

«Relicario de amor, flor de piedad, sean estas líneas, ante todo, homenaje a aquél a quien tanto debemos.

Existe en Roma, en la apacible colina donde se asienta la Villa Celimontana, cabe venerables basílicas de los primeros siglos cristianos, un jardín. Bajo unos cipreses, en punto recoleto desde donde se goza permanentemente de una visión serena de la Urbe en las tardes de primavera, se halla un banco de piedra. Y, sobre él, una mano piadosa colocó una lápida: "En este lugar, San Felipe Neri hablaba a sus discípulos de las cosas de Dios."»

A la debida distancia, pero del mismo modo, osaríamos nosotros colocar en más de un punto, un recuerdo análogo que nos dijese asimismo: "En este lugar, nuestro Padre Orlandis nos hablaba de las cosas de Dios."

* * *

Al Padre acudíamos en aquellos años para nosotros juveniles y llenos de promesas, y fue entonces cuando él comenzó, sub specie aeternitatis, a enseñarnos y mostrarnos los caminos de la Providencia.

... Y fueron veinte años los años de deliciosa comunión espiritual con el maestro.»

* * *

«¡Cuántos recuerdos nos acuden de aquella época fecunda! Primero, fue nuestra vocación.

Aun cuando a distancia infinita, su invitación parecía recordar la de Jesús. "Sígueme." Y él no hacía distinción de personas. A menudo atraía jóvenes, incluso entre los inadaptados o insatisfechos... Porque, también a la misma infinita distancia, sus palabras tenían algún eco de las de vida eterna...

Le seguíamos y le escuchábamos. Y no éramos solos. Recordamos a una buena viejecita del Apostolado, cuando el Padre fue nombrado Director del mismo: "Ens han posat un Director més savi!..." También hemos recordado alguna vez, en aquellos tiempos, su singular aire, su parecido físico al Pontífice glorioso y enérgico que en aquel entonces acometía el rejuvenecimiento de la Ciudad Santa, bajo la égida de la bandera de Cristo Rey: Pío XI. "Fides Intrepida". Y en nuestra mente, ingenua pero luminosa, creíamos ver una imagen de aquel otro Padre, mayor aún: el mismo Papa.

Le seguíamos y le escuchábamos. Allí comenzamos a oír y comprender que la Historia tiene un sentido, que la Providencia —como acabamos de decir más arriba— tiene sus caminos y que Dios lo conduce todo hacia un fin...»

HABÍA LLEGADO EL P. ORLANDIS EN LA ÉPOCA EN QUE ESTALLABAN TODAS LAS SUBVERSIONES

Efectivamente, la Providencia deparaba al Apostolado de la Oración de Barcelona, hacia 1922, «un Director molt savi». Un Director muy

sabio. Tomad nuestro número 331, año XV, el de la reaparición —también providencial, nunca nos cansaremos de repetir este término— de nuestra «CRISTIANDAD», y allí encontramos la breve biografía juvenil del hijo de ilustre casa mallorquina. «El noble Señor Ramón Nonnato Orlandis Despuig», escrito, también como antes decíamos, «relicario de amor, flor de piedad», por nuestra María Asunción López, y seguimos la trayectoria, dentro de la Compañía de Jesús, del primero novicio, más tarde fervoroso sacerdote, luego insigne polígrafo y, mucho más que esto, piadoso, MAESTRO.

Llegaba a Barcelona en los momentos en que estallaban todas las subversiones que habían acarreado el fin de la I Gran Guerra. En la Política: Revolución, Liberalismo, Sociedad de las Naciones, inquietudes sociales tremendas en España, singularmente en Cataluña, ya entonces en manos del terrorismo. En la Filosofía: culminaba ya la lucha contra toda certeza. En el Arte: «el culto a la fealdad», que ha seguido desde entonces, como ya proclamaba nuestro Padre. En la Ciencia: el impacto del genio de Einstein, pero que, veinte años más tarde, conduciría a la era atómica.

Se ha hablado, absurdamente, de los «felices veinte». Es todo lo contrario. Pero sólo en una cosa fueron felices: y fue con aquella Renovación de la Ciudad Santa, que no nos cansaremos de repetir, obró el formidable Pío XI, quizá bajo los destellos de la «Estrella de su Pontificado», Santa Teresa del Niño Jesús (eterna inspiradora también, santo «leit motiv» del P. Orlandis y que tan profundamente nos grabó). Y en Barcelona florecía un fervor y una piedad de los que tanto, los viejos, sentimos cruel nostalgia.

EL SANTO «ÍDOLO». EL P. ENRIQUE RAMIÈRE

Y el Padre, desde su llegada a Barcelona, se hizo cargo del Apostolado de la Oración.

Fidelísimo, estaba embebido del Padre Ramière. Y soñaba continuar su obra. Desde un rincón de España, desde un Barcelona que tan poco pesa en el mundo, tan apartada, esto era y es difícil, por no decir imposible. ¡Cuántas veces hemos pensado que el P. Orlandis, si hubiese podido iluminar y actuar desde París en su ámbito universal, cuánto hubiera podido influir en el mundo cristiano y aun en el mundo entero!

Pero aquí, desde esta ciudad tan enorme y difícil de otra parte, pobre, sin medios de difusión universal, no podía hacer más de lo que hizo: orar y trabajar, como si la salvación del mundo de él dependiesen. Dios no nos exige el éxito: sólo nos pide el esfuerzo de sembrar. La cosecha, luego, es asunto suyo, a menudo por otros e inesperados caminos. El sabe lo que tiene que hacer: lo que, como Señor, le place, «soplando donde quiere». Y no necesita de nadie. Mas sí: se digna *solicitar* (¡qué grande es Dios!) nuestra buena voluntad, y usar de ella como un Padre amante goza usando los garabatos que ha trazado la mano de su hijito.

Su idea básica y genial, de parte de nuestro Padre, era la de crear algo, entidad, revista, quién sabe, todo cuanto pudiera conducir a la mejor formación piadosa, al tiempo que intelectual, de los celadores del Apostolado de la Oración que le había sido encomendado. Esto mismo había soñado el P. Ramière, que, tanto como hizo, a esto no le llegó el tiempo.

En la Congregación de la Inmaculada y en la de San Francisco de Borja, de Barcelona, halló la cantera. Su Director, el P. Manuel M. Vergés, también de santa memoria, era más dado a la piedad y a la acción activa, a la acción activísima, quizás un tanto ingenua bien que tan profunda, mas que a la formación intelectual. Algunos congregantes echaban de menos esta faceta. Ellos acudieron —su núcleo éramos nosotros— al Padre Orlandis.

UN ORIGINAL Y SABIO PROSELITISMO

Y aquí queremos señalar un aspecto, poco conocido, de su hábil, humano y santo proselitismo.

Ya hemos indicado que eran tiempos en que ingenuamente, con la mejor buena voluntad y sin ningún resabio de progresismo, tributábamos mucho culto a la acción. El P. Vergés era de ello un exponente: a decir verdad, no era esto opuesto al temperamento juvenil de la grey que le estaba encomendada, dada a exteriorizar virilmente sus interiores entusiasmos. El Padre Orlandis, tan humano como espiritual a la vez, lo comprendía. Y sacó partido de ello. Nos formuló una acción apropiada a nuestros impulsos, apenas salidos de la adolescencia. Bien que, en el fondo, a donde iba y lo que más le importaba es que, a la larga, esta acción nos condujese, en original reflujo, a

profundidades mayores de oración. Es decir, al meollo del Apostolado de la misma.

Y antes que se hablase de SCHOLA, como un ensayo precursor, en 1925 constituimos JUVENTUS, que había de ser su semilla.

En el citado número 331, septiembre de 1958, de reaparición, dedicado al Padre Orlandis, página 25, artículo JUVENTUS, decíamos, y repetimos aquí:

«Pululaba entonces, sobre todo en Barcelona, un sectarismo tremendo. Bajo la égida paternal y bonachona del general Primo de Rivera, proliferaba, sin más precaución que la de no chocar con demasiadas estridencias, pero sin tomarse la pena de recatarse excesivamente. El Padre nos lanzó a la información de las posiciones del enemigo. Citemos aquí, entre nuestros adelantados, los beneméritos nombres de Juan Bosch y de Francisco Lacruz.

Pronto nuestra labor informativa resultó tan fructífera, que pudo demostrar que sólo una miopía absurda era capaz de hacer creer que estábamos en el mejor de los mundos, cuando, por el contrario, no teníamos más que empezar a trabajar un poco con celo y habilidad para darnos cuenta de la red con que el enemigo estaba minando nuestra "ciudad alegre y confiada".

Con estupefacción y a veces escándalo de nuestras familias, parecía que nuestra juventud "se daba a la mala vida", ya que comenzamos a introducirnos en más de un antro. Y aquí sí que recordamos la faz abierta y siempre sonriente del P. Vergés, quien, como Director de la Congregación, no dejaba de soltar alguna ocurrencia ante el disparate que representaba el ver a sus ovejas meterse en las covachas de los lobos, léanse centros espiritistas, protestantes, teósofos y demás hierbas...

* * *

De modo especial, nuestra labor tuvo una finalidad instructiva decisiva, aparte de muchas otras. Demostrar, no por instinto ni por prejuicio, sino objetiva y documentalmente, como todas las sectas se mueven siempre a compás de una sola consigna... y siguen una trayectoria, a la larga, en cumplimiento de un diseño único.

* * *

El P. Ledochowski, de santa memoria, General de la Compañía, estuvo en Barcelona y se interesó vivísimamente por nuestras actividades. Personalmente nos visitó, y aun quiso recibirnos privadamente a algunos. Con verdadero afán nos interrogaba, nos consultaba, halagando incluso nuestra infantil vanidad al ver que éramos objeto de tanto honor. Hoy, transcurridos muchos años..., sentimos, una vez más, un orgullo por la distinción de que fuimos objeto.»

Nos hacemos excesivamente largos. ¡Mas, es tan bella esta «prehistoria» de SCHOLA más tarde SCHOLA CORDIS IESU!

LA HORA DE LA PROVIDENCIA, PRECISAMENTE EN LOS PEORES MOMENTOS

Vino luego la República, y con ella la disolución de la Compañía de Jesús.

Había sonado la hora. Ya no había lugar a estudiar demasiado la actividad de las Sectas, cuando éstas obraban a pleno día. Pero el grupo estaba ya sólidamente formado. Nuestro buen Padre en ningún momento había perdido el tiempo. Aprovechando beneméritos bienhechores, gran «ratón» de Biblioteca (¿no se autollamaba así, con grande humorismo, el Papa Pío XI, el Papa Ratti?) había reunido una preciosa —que aún conservamos celosamente, que es la nuestra, de hoy— de miles de volúmenes consagrados preferentemente a la Historia (especialmente moderna y contemporánea), Teología y Sociología.

Nuestro grupo tomó más que nunca conciencia de su naturaleza. Y objeto. Formación espiritual e intelectual de auténticos celadores del Apostolado de la Oración para el Reino de Cristo.

Seguimos los avatares de aquellos agitados tiempos en tres locales: calles de San Severo, Balmes (quizás aquí radicó nuestra época, osaríamos decir, más romántica) y Rosellón. Séanos permitido resumir lo que decíamos en nuestro artículo «Prehistoria de CRISTIANDAD», pág. 99, número 5, año I, 1 de junio de 1944:

«Muchos libros, mucha dirección, pocos miembros y menos medios aún. En cambio, muchas zozobras, derivadas de la incertidumbre de la situación. No pocos cambios de domicilio —libros a cuestas— acompañaban nues-

tra vida social, auténtica tertulia, tal como merecía, antaño, entenderse esta palabra: con no pocos aprietos —y no escaso ingenio— para atender los implacables recibos del casero y de la luz eléctrica. Y ya llevábamos muchos meses de labor cuando nos apercebimos de que ni nombre habíamos atinado a tomar. Ello motivó una tertulia más, nada parlamentaria, sin embargo. Surgieron denominaciones, más todas parecían demasiado pretenciosas. Alguien, por fin, sugirió la más exacta, por lo corta y humilde: "SCHOLA".

"SCHOLA". Fue una escuela, y de verdad. Y hubo hasta quien nos tomó en serio. Es decir, tomó en serio nuestra buena voluntad, que sí era auténtica. Lo demás poco contaba. Y se nos honró sobremanera, puesto que, con el fin de alentarnos, varias veces la Jerarquía más directa y más cara (el Provincial de la Compañía, Rdo. P. Murall) se dignó descender hasta nosotros: si es que puede llamarse descender el subir los muchos escalones (en la calle Balmes, un tercer piso) que exigía el acceso a algunos de nuestros sucesivos locales sociales.

Y llegamos a la tragedia de 1936. De ella decíamos:

«Durante la misma tuvimos ocasión de hablar, en circunstancias bien extraordinarias, de nuestra "SCHOLA", con otra Jerarquía más alta: con el Pastor de nuestra Diócesis, con el Obispo Mártir, Doctor Irurita (en su refugio clandestino en casa del mártir Sr. Tort). En estas circunstancias hondamente dramáticas, recordaba con todo cariño nuestro grupo, y nos manifestó altísimamente la complacencia que le causaba nuestra buena voluntad. Y ratificó y avaló —si procede la palabra— la dirección que nos guiaba y a la que obedecíamos. Los momentos parecían dar especial solemnidad, como de testamento, a sus palabras (se refería al P. Orlandis): "Siganla —nos insistió— sin titubeos. Cuanto ella les mande y recomiende hacer, es el Obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda.»

Y en nuestra ciudad quedaba, desde 1936 a 1939, oculta y latente, pero bajo la protección de Dios, aquella SCHOLA tan querida, y su Padre Fundador y Director también.

RENACIÓ LUEGO LA PAZ

1939 volvió a encontrarnos reunidos. Habíamos capeado el temporal a Dios gracias. Es más, la Providencia lleva las cosas dulcemente. En aquel período oculto anterior, nuestra gran figura —¿por qué no hemos de decir, asimismo, de santa memoria?—, que ella sola ilustra a SCHOLA, Jaime Bofill y Bofill, llegaba a su plenitud como discípulo íntimo y fiel de su —y nuestro— gran Maestro, el P. Orlandis. De sus enseñanzas se formó el grande y joven —malogrado— Catedrático de Metafísica.

Eran nuevos tiempos. Y fue entonces cuando el Padre, con santa audacia, alargó nuestro nombre. Ahora sería SCHOLA CORDIS IESU.

Hemos dicho que habíamos capeado el temporal. Pero nos faltaban dos compañeros. Los mejores: Planas y Anguera, caídos en la guerra 1936-1939. En ellos, como exponentes de la vieja SCHOLA vamos a fijarnos especialmente. Ellos personifican, testimonian, rubrican con su vida, a SCHOLA.

PLANAS Y ANGUERA, LAS DOS ENTRAÑABLES FIGURAS DE LA VIEJA «SCHOLA»

Intentando dar idea de nuestra vieja SCHOLA, en el artículo «Más Prehistoria de CRISTIANIDAD», núm. 21, año II, 1 febrero 1945, que resultó homenaje a estos dos grandes abogados que tenemos, desde hace tanto tiempo, en el Cielo, decíamos:

«¿Cuál era, por tanto, el verdadero espíritu de SCHOLA?...

El azar nos trae un fragmento de Santa Teresa del Niño Jesús, que acaso nos ayude a explicar un poco aquel espíritu:

"... ce qu'elle estime, ce qu'elle désire uniquement, c'est de faire plaisir a Jésus... elle le sait, elle l'a compris, le bon Dieu n'a besoin de personne, encore moins d'elle que des autres, pour faire du bien sur la terre" (Hist. d'une Ame, cap. IX).

"Le bon Dieu n'a besoin de personne." Es ésta una grande y fundamental realidad, no por esto a menudo menos olvidada. ¿No existe también a veces, dentro del apostolado seglar, una como vanidad, una solicitud excesiva que se apoya en la pedante valoración de nuestras

propias fuerzas? No es el apóstol quien favorece a Dios sirviéndole; es El quien le hace favor, dignándose aceptarlo en su santo servicio. La conciencia de esta realidad estaba dentro del espíritu fundamental de aquella SCHOLA que tan dignamente personificaban aquellos dos modélicos compañeros.»

Titulábamos esta parte de nuestro artículo así: **UNA PEÑA DE PARTIDARIOS DE JESUCRISTO.**

Donosamente, el P. Orlandis nos representaba, como en un infinitamente alejado símil, el desinterés que los «partidarios» (permítasenos el humorismo, hoy se llaman «hinchas») de los clubs deportivos sienten hacia los mismos. Harían, incluso anónimamente, cualquier sacrificio, con tal de procurarles la victoria. Este desinterés, en alguna forma, es *puro*.

Y nos invitaba a sentirnos *puros* partidarios de Cristo. Y esto es, quizá, lo que en aquellos momentos brillaba en la vieja SCHOLA. ¡Una «Peña» de partidarios de Jesucristo!

Y éste es el sentimiento, continuábamos,

«... de aquello que Dios busca y desea hallar en el fondo de nuestros corazones, y que, en toda su pureza, encuentra, por desgracia, pocas veces. Es aquella que hace olvidarnos por completo de nosotros mismos ante la magnitud del ideal. Quizás es lo que en el Evangelio se llama "pobres de espíritu".

Sabiendo que en nuestras pobres humanas fuerzas no podemos llegar a más, en el campo del apostolado, a menudo el buen Dios se contenta con hallarnos auténticos y entusiastas "partidarios" suyos. Y prefiere, sin duda, al pobre y modesto partidario suyo que no sabe más que amar y sufrir, que a otro que, gozando de fama y de actos de apostolado activo e incluso eficaz, mezcla la búsqueda de su Dios con su satisfacción propia, siquiera sea inconscientemente y siquiera sea tal satisfacción completamente ideal. Y es razón de ello lo que nos dice San Juan de la Cruz: QUE EL MAS PEQUEÑO MOVIMIENTO DE AMOR PURO LE ES A EL INFINITAMENTE MAS UTIL QUE TODAS LAS OBRAS REUNIDAS. Y DICE "UTIL". ¿QUE SERA LA UTILIDAD PARA DIOS?

Una modestísima peña de "partidarios" del Corazón de Jesús en su tremenda lucha contra el poderoso Príncipe de este Mundo es lo que

intenta ser SCHOLA... De admiradores de Jesucristo, el Hombre, el Jefe más alto de todos los tiempos —hoy, que las multitudes, más que nunca, necesitan un Jefe— porque, al mismo tiempo que es Hombre, es Dios.»

ESTE IDEAL EN ANGUERA DE SOJO

«Corta e impetuosa, la vida heroica de José Oriol Anguera de Sojo, lo demuestra plenamente. Herido un número inverosímil de veces, a causa de su arrojo, nos imaginamos verle en el frente de Levante...

Dicen que, en sus ocios militares, reproducía conferencias ante sus compañeros, eco de su querida SCHOLA..., donde Anguera había tomado la palabra. El joven jurista, autor ya de un estudio sobre las instituciones jurídicas pre-Romanistas en el antiguo Condado de Ausona, sentía pasión por la Historia... y era la triste y atormentada del Mundo la que nos describía... Y sus convicciones, expresadas primero en palabras, fueron rubricadas después, dando así plena responsabilidad a su pensamiento, al pie de Peña Juliana, frente a la contraofensiva enemiga.

* * *

Para Anguera el estudio era oración. Y le servía, la Historia, para ponderar las vías de la Providencia y llenarse de esperanzas sabiendo que la domina el más gigantesco de los hombres: Jesucristo, que también es Dios. El le varía inclinarse, por encima de los siglos —"misereor super turbam"— en ademán de misericordiosa majestad. Y es que ante su divina Figura se detiene el cansancio de la Historia. El la preside y la recoge, para conducirla. De sus siglos, ha escogido los últimos para mostrar, como remedio supremo, lo más íntimo de su adorable Persona, el Corazón. El mayor Corazón de todos los tiempos, que lo mismo consolaba a la pobre viuda huérfana de hijo, como expulsaba gallardamente a los mercaderes del Templo. Un Dios. Un Dios que tiene Corazón y nos lo muestra. ¡Qué enorme solución ésta para nuestras épocas, sedientas del hombre, del conductor, del jefe, que nuestra impotencia precisa, que nuestra indignancia reclama! ¡Qué enorme solución hallar al Hom-

bre! ¡Qué enorme solución, puesto que también es hallar a Dios!

Anguera no alcanzó a ver a su SCHOLA convertida significativamente en SCHOLA CORDIS IESU con audacia. Pero se nos antoja que bajo la noche agosteña, estrellada —miríadas de Mundos que se mueven bajo la voluntad y el designio del Creador— en que entregó a su Capitán divino su alma pura, debía ya divisar su triunfo, prometido a los que, como él, son sus auténticos partidarios. Debía ya, inefablemente, ver como aquel Corazón que le acogía había de llegar a ser un día, incluso físicamente, el Centro del Universo divinizado, definitivo Templo del que todos, por la divina misericordia, debemos ser piedras y aureola. Jesucristo, Padre del futuro siglo, dueño de todos los siglos que los astros inscriben en su carrera, debía adelantarse a recibir benignamente al que le había buscado, y, una vez hallado, le amaba con la sinceridad que su sacrificio rubrica.»

ESTE IDEAL EN JOSE M. PLANAS CORBELLA

Otra vida, también corta y modélica. Quizá más íntima, si cabe, dentro del carácter de la vieja SCHOLA

Doctor en Ciencias, discípulo del gran Severi en Roma, se separó, físicamente hablando, de nosotros en 1935: por Oposición había llegado a ser Catedrático en la Universidad de Zaragoza, el más joven de toda España.

* * *

Sus ausencias eran compensadas por su correspondencia. De todas partes nos escribía y recordaba.

... En una ocasión, nuestro Director excusaba, bondadosamente, nuestra inacción: "Os falta Planas", nos decía. Era una vida que prometía poderosamente. Era una inteligencia que hubiera glorificado a Dios; que, con su prestigio, hubiera traído otras hacia El.

El permitió su sacrificio. Y le pidió uno tal, del que solamente pueden ser capaces las almas de su temple.

Hemos abusado ya en este pobre escrito del recurso al auxilio de los de Santa Teresa del Niño Jesús... ¿No es ella quien nos dice que "Dios, a menudo, se contenta con nuestro de-

seo de trabajar para su gloria?" ¿No es ésta la razón que explica el porqué de un sacrificio tan duro, el sacrificio de una vida que parecía tan cara a la Religión y a la Patria que cuenta con tan pocos hombres así?

En su carta VII, a dos Misioneros, la Santa habla. ¿Será excesivo atrevimiento recordar este fragmento en este lugar y ante la memoria de nuestro amigo? "...Le Père Mazel, qui fut ordonné prêtre le même jour que vous... cependant il a déjà cueilli la palme... Oh! que les pensées divines sont au dessus des autres... En apprenant que ce jeune missionnaire était mort, avant même d'avoir foulé le sol de sa mission, je me suis sentie portée à l'invoquer; il me semblait le voir au Ciel dans le glorieux chœur des martyrs. Sans doute aux yeux des hommes, il ne mérite pas le titre de martyr; mais, au regard du bon Dieu, ce sacrifice sans gloire n'est pas moins fécond que ceux des confesseurs de la foi."

Sacrificio sin gloria. Mas también ha habido quien se ha sentido llamado a invocarlo. Nos lo decía, de otro, uno de sus compañeros de Zaragoza: "...Va a menudo a Almodévar, a la tumba de Planas, a rezar..." Los pensamientos divinos están, realmente, muy por encima de los humanos.»

LLEGÓ 1944. MADUREZ DE «SCHOLA CORDIS IESU». LA REVISTA «CRISTIANDAD»

La Providencia también velaba sobre nuestra humilde buena voluntad.

Una serie de circunstancias, algunas de ellas, en su origen, incluso pintorescas (¡nunca ha faltado alguna nota humorística dentro de nuestra vida social!), ya que creemos recordar se nos había ofrecido la eventualidad de editar una publicación infantil, contribuyeron a que surgiese, un tanto espontáneamente, esta Revista CRISTIANDAD, fruto de SCHOLA CORDIS IESU. Versión para los países de habla hispana, la Revista, un poco de formación, otro poco de combate, inspirada en la Teología de la Historia, de la que mucho más en grande soñara el Padre Ramière —como hemos contado— y que no pudo realizar.

A partir de este momento, podemos decir, dejamos el período de PREHISTORIA para entrar en el de HISTORIA, por lo menos de nuestra Revista.

Ya no nos compete extendernos. ¿No tenemos nuestra Revista tras 36 años de existencia, encuadrada, para seguirla año tras año?

Quisiéramos añadir, en este momento, una cosa, para nosotros muy cara. Se ha dicho, y es verdad, que el P. Orlandis escribió poco. (Su mejor legado, su libro-artículos sobre los EJERCICIOS, calificados por el Padre José M. Murall como el mejor comentarista de los mismos después del Padre La Palma; y sus pocos artículos básicos, fundamentales, centrados en la Idea-Fuerza de Cristo Rey, en los inicios de CRISTIANDAD).

Poco. Pero, ¿es que no puede calificarse a la colección de 36 años de nuestra Revista como unas auténticas OBRAS COMPLETAS DEL PADRE ORLANDIS? ¿Es que se ha escrito algo que, directa o indirectamente, no se deba a su primera inspiración?

FIGURAS DE SANTA MEMORIA, YA DENTRO DEL PERÍODO — SCHOLA — CRISTIANDAD

Siguiendo la vía de Planas y de Anguera, en el ya largo y nuevo período en que SCHOLA confluye con CRISTIANDAD, sabemos tenemos nuevos valedores en el Cielo. A nuestros *grandes*: a Jaime Bofill, tan alto, a Lamarca, a Peyra, a nuestro insigne bienhechor Pedro Sainz Díez. De un modo entrañable citamos la figura, toda evangélica, modesta en su delicada penumbra, de José M. Modolell, exquisita alma de artista, a quien debemos el hallazgo y donación del teológico altar que preside nuestra SCHOLA CORDIS IESU: María, Canal y Surtidor de la Divina Gracia. Y quizá no sepan todos que, para adquirir y legarnos este valiosísimo regalo, Modolell se desprendió de una joya personal valiosísima.

* * *

Y así ha venido siguiendo el binomio SCHOLA-CRISTIANDAD. Y, llegada la HORA DE DIOS, nuestro Padre nos dejó, para recibir su palma, en 1958. Mas esto ya no es «prehistoria».

Desde el Cielo el Padre proveyó la superación del trauma en que nos sumió su traslado. Y la Providencia dispuso que CRISTIANDAD, como Fénix, renaciese. El dedo providencial era tan visible, que así lo proclamaban desde Madrid y Bilbao. Recordamos, a este respecto, unas líneas de salud, ante nuestra reaparición, del Padre Aristegui, Director nacional a la sazón del Aposto-

lado. ¡El mismo confesaba su asombro ante la superación de tantas dificultades!

!!!**SÍ, TODO!!!**

Al coronar esta Prehistoria, tan bella, de SCHOLA y de CRISTIANDAD, acabándola en este vértice que, para nosotros, fue el tránsito de nuestro Fundador, Ramón M. Orlandis, al Cielo, no se nos ocurre, en este momento, otra cosa en este artículo nuestro que casi no ha sido más que citas, referirnos a lo que decía de nuestro Padre el Doctor Francisco Canals en el artículo del número homenaje (tantas veces referido), núm. 331, año XV, septiembre de 1958, «Continuador del Padre Ramière»:

«—¿Quiere algo, Padre?

—Sí. **TODO**.

Así respondió el P. Orlandis, muy próximo ya a su muerte, a uno de los que habían convivido íntimamente con él, que acudía a visitarle a la enfermería del Colegio Máximo de San Cugat del Vallés.

* * *

Esta palabra, que parece evocar en su agonía el recuerdo de aquel gesto infantil, decidido y "comprometedor", con que Santa Teresa del Niño Jesús "lo escogió todo", puede considerarse también en nuestro P. Orlandis como expresión muy profunda de la actitud fundamental de su vida.

* * *

*Sí. **TODO**. Afirmación y universalidad en su actitud respondían a un ideal infinito y último; el **TODO** que era su vida, y a que tendían todas las actividades de la época de su madurez, consistía nada menos que en la **PLENITUD DE CRISTO EN SU REINO**. La consumada plenitud, que entreveía en visión grandiosa y sintética, del orden divino en el que todas las cosas participan y se integran en Dios, "que es todo en todas las cosas".»*

Y éste ha sido el legado grande, del Padre, a sus hijos, los de SCHOLA CORDIS IESU y de la Revista CRISTIANDAD.

SCHOLA CORDIS IESU, HOY

MARÍA A. LÓPEZ SUÑÉ

Para darse cuenta de lo que es hoy SCHOLA CORDIS IESU en Barcelona lo más práctico es «verla», «mirarla» en su ambiente, en sus miembros actuando en una de las reuniones habituales, por ejemplo, las conferencias de los sábados.

Se dan por la tarde, al anochecer, pero ya a las cinco y media empiezan a llegar los socios antiguos, los matrimonios, los jóvenes, los niños... y llegada la hora se sitúan los mayores en la sala de conferencias; los niños, los bebés, quedan al cuidado de un «canguro»; hasta los seis años les pasan, en otra habitación, filminas alternando con catequesis adecuada a su edad y los ya mayorcitos, que han hecho la Primera Comunión, se preparan para las lecturas que alternativamente efectuarán en la Misa que se dice después de la conferencia y reciben al propio tiempo catéquesis para la formación ya más avanzada.

La sala de conferencias, desde siempre, y sin buscarlo, resulta en su conjunto simbólica. Es muy espaciosa con tres grandes balcones que dan a la galería; las paredes completamente cubiertas desde el suelo hasta el techo por estanterías llenas de libros referentes a la historia y la filosofía; un pequeño hueco entre dos estanterías deja el espacio suficiente para un cuadro, relativamente pequeño, del Corazón de Jesús dibujado por Santa Margarita María de Alacoque, y el acto de Consagración escrito por la misma Santa. Debajo otro cuadrado, más pequeño, con el escudo del Apostolado de la Oración y su leyenda «ADVENIAD REGNUM TUUM». En el testero y como presidiendo, en la misma estantería de los libros, un nicho en el que está la imagen de Jesús entronizado, es decir, la imagen de CRISTO REY, presidiendo y centrando la historia del mundo y del pensamiento; enfrente, al otro lado de la sala, el altar (1) cerrado por una mampara cuando no se oficia la Misa, y junto una pequeña sacristía con el cuadro del Beato Claudio de la Colombière y otro de la Santa Faz.

Debajo de la imagen de Cristo Rey la mesa del conferenciante. Preside la reunión el R. P. Con-

siliario, a su izquierda acostumbra a estar uno de los más antiguos socios de SCHOLA CORDIS IESU representando la primera generación de «Scholares», formados directamente por el mismo fundador R. P. Ramón Orlandis, S. I. A la derecha del Consiliario el conferenciante, que acostumbra ser un miembro de Schola, más joven que los de la primera generación, pero mayor que los de la segunda, es decir, de los que tuvieron tiempo de oír y captar el espíritu que a la asociación quiso darle el Fundador y constituyen lo que podríamos llamar los «eslabones intermedios» que unen la primera y la segunda generación de Schola. Ni que decir tiene que sus conferencias transmiten lo asumido en la enseñanza directa del P. Orlandis versando sobre la historia, la Sagrada Escritura, El Génesis, el Apocalipsis, la Parusía, los dones del Espíritu Santo... acompañadas de lecturas escogidas sobre el asunto de que se trata y con mucha frecuencia ilustradas con las diáfanas sentencias y definiciones de Santo Tomás.

La segunda generación la constituyen los que ya muerto el P. Orlandis llegaron a Schola siendo estudiantes, la mayoría ingenieros, ya formados con base de educación cristiana pero con «sujeto» para comprender, en el ambiente de Schola, que «vivir» es algo más trascendente que el hecho de estar en el mundo y respirar, aun situándose por su carrera en posición privilegiada. Por lo tanto adaptándose a los Estatutos de Schola Cordis Iesu y a fin de emplear su talento y dotes especiales a la mayor gloria de Dios, estu-

(1) Este altar es auténtico del siglo XVII, una joya, adquirido por uno de los de la primera «generación» y pagado, literalmente, con una joya puesto que para adquirirlo vendió un precioso brillante que poseía.

La imagen de la Virgen es una notable copia del cuadro de un pintor mejicano también del siglo XVII.

diaron historia y filosofía como medio más apropiado para ejercer el apostolado en plan de unir-se a las «intenciones por las que Jesús se ofrece continuamente en el Santo Sacrificio del altar» según el acto de ofrecimiento diario de los miembros del Apostolado de la Oración.

Estos, que vinieron siendo estudiantes, ellos y ellas, ya no lo son, se han casado; son padres y madres de familia ejemplares, tienen un hogar que como dijo Paulo VI constituye para sus hijos «una iglesia doméstica» y en los que la gracia del sacramento los hace modelos de la fidelidad y amor que dignifica y ennoblece el inextinguible afán que perpetúa la vida.

La tercera generación la constituyen sus hijos y los jóvenes estudiantes llegados de nuevo. Jóvenes sanos de cuerpo y alma, limpios de corazón que aportan ya desde ahora el vigor la actividad y la fuerza de su espléndida juventud.

Ilusión que se realiza

En el número de CRISTIANDAD 331 (la revista fundada por Schola en el año 1944), publicado a raíz de la muerte del P. Orlandis hay un esbozo de su biografía, desde la partida de bautismo del «Noble Señor Ramón Nonnato Orlandis Despuig» hasta el día de su muerte, junto con otros artículos explicativos de algunas etapas y actividades de su vida.

Y fue entonces cuando el conocido escritor Manuel de Montoliu dijo: «*la figura del P. Orlandis se levanta cuando precisamente entra en la sepultura*» porque verdaderamente en él se repetían aquellas frases evangélicas: «Nadie es profeta en su patria» y «los suyos no le recibieron» ya que, aparte de los socios de SCHOLA CORDIS IESU, muy pocos apreciaron el valor de sus enseñanzas y el alcance de la obra por él concebida.

También a los mismos «scholares», andando el tiempo, les parecía ver crecer y aumentar el impacto de la impresionante personalidad que creían haber del todo conocido.

En este aspecto podemos colocar lo que parecían sus «intuiciones». Siempre se consideraron como originalidades de su genialidad y tendencias que si no dichas abiertamente las expresaba en sus poesías generalmente dedicadas a Santa Teresita del Niño Jesús, pues era un «enamora-

do» del Amor Misericordioso del Sagrado Corazón, tal como ella lo expone; del abismo de amor de caridad en el «corazón de la Iglesia» que ella quiere ser y lo expresa en sus «vocaciones»; de la tutela de María Virgen sobre los hombres fundidos en el Cuerpo Místico con su Hijo Jesús.

Pues bien esas «intuiciones» han subido de categoría. Hoy podríamos llamarlas «proféticas» ya cumplidas o cumpliéndose en la actualidad. Una de las cumplidas está en el fragmento de poesía que sigue:

Místico seno tengo yo en ella,
místico albergue para Jesús,
místicamente yo le concibo,
místicamente lo dey a luz.

¡Cálculese cuál sería la gozosa sorpresa de los que la conocían cuando inesperadamente el Papa Paulo VI proclamó a la Virgen MADRE DE LA IGLESIA en el Concilio Vaticano II!

También dos presagios parecen incluir los versos sueltos de otra poesía:

Ya la terra sonriu en primavera,
ja el món torna florir
.....
ara s'obrin les flors per las planuras
ara s'obrin les flors per los turons,
ara s'obrin també per no tancar-se
les meves ilusions.

Todos los que asistieron a su entierro fueron testigos de que en el trecho de jardín que va desde la iglesia al pequeño cementerio que tienen los PP. Jesuitas en la Facultad Teológica de San Cugat del Vallés el ataúd del P. Orlandis fue llevado bajo almendros floridos, por lo que bien podía decirse que para él empezaba una «primavera».

Pero también las últimas líneas del verso que copiamos tienen relación con el presentimiento del tiempo en que habían de realizarse para «nunca acabar sus ilusiones». Se fundaba en la audaz afirmación de Santa Teresita de que «pasaría su cielo haciendo bien en la tierra» y que «bajaría». Con lo que parece indicar la expansión universal que adquiriría el «caminito» indicado en la biografía de una monjita enclaustrada en un convento de provincia que murió a los 24 años y cuya apariencia hasta entonces pudo dar lugar a que el día de su muerte dijera una de las Her-

manas del convento: «*Muy apurada se verá la madre superiora para decir algo de la Hermana Teresa porque nunca ha hecho nada de particular.*»

Pues bien la primavera que anunciaban los almendros floridos del día del entierro del P. Orlandis, trajeron sus consecuencias lógicas; las flores se convirtieron en frutos y su obra considerada tan insignificante para muchos de sus contemporáneos que creían iba a morir con él, no sólo subsistiría sino que adquiriría tan amplios vuelos que tiene probabilidades, poco aventuradas, de convertirse en nacional e internacional.

Y si tal como nosotros ahora «vemos» al «mirar» Schola el inicio de la realización de aquellas ilusiones «que se abrirían para nunca más cerrarse» después de la «primavera» y recordamos su deseo, como el de Santa Teresita, de pasar su cielo haciendo bien en la tierra, y de «bajar». ¡Qué espectáculo más sobroso debe ser para él! ¡Qué gozo ver el fruto de sus enseñanzas en con-

ferencias tan ricas de contenido que abren horizontes, despiertan la reflexión e inducen a la meditación y hasta a veces a la contemplación! ¡Qué realidad tan viva en esos matrimonios, qué esperanza en esos jóvenes, qué promesa en esos niños!

Y si tenemos en cuenta la fina sensibilidad de su corazón, ¡qué emoción experimentaría el día que un nieto de los de la primera generación de Schola, e hijo de padre y madre de la segunda, con la voz blanca de sus 10 años renovó ante el altar, en la Misa, el acto de consagración al Inmaculado Corazón de María, por él propuesto, y la encantadora recitación del «Verge y Mare de Déu», de una niña que por la mañana había hecho la primera comunión!

Otros artículos de este número dan noticia de las actuaciones, propósitos y proyectos de SCHOLA CORDIS IESU. Este es solamente como el cuadro de una filmina de las reuniones del sábado.

SUMARIO

SCHOLA CORDIS IESU

PROYECTO DE ESTATUTOS DE SCHOLA CORDIS IESU

PENSAMIENTOS Y OCURRENCIAS, Ramón Orlandis, S. I.

LA BELLA PREHISTORIA DE SCHOLA CORDIS IESU Y «CRISTIANDAD», Luis Creus Vidal

SCHOLA CORDIS IESU, HOY, María Asunción López Suñé

LAS «SECCIONES» DEL APOSTOLADO DE LA ORACION, Casimiro Puig, S. I.

EL REINADO DEL SAGRADO CORAZON, Ignacio Azcoaga

EN TORNO A LA OBRA DE ENRIQUE RAMIÈRE - EL VATICANO II,

NUEVO MOTIVO DE ESPERANZA DE LA IGLESIA, Pere Basil Sanmartí

EL CULTO AL ESPIRITU SANTO EN LA ESPIRITUALIDAD DEL APOSTOLADO

DE LA ORACION, Francisco Canals Vidal

SCHOLA CORDIS IESU Y LA DEVOCION AL CORAZON MATERNAL DE MARIA, José M.ª Alsina Roca

SENTIR CON LA IGLESIA, José Luis Ganuza Cortina

LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA, José M.ª Artola Gastaca

SCHOLA CORDIS IESU Y LA REVISTA «CRISTIANDAD», J. M. Petit Sullá

SCHOLA CORDIS IESU Y LA EDUCACION, Pau López Castellote

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO Y LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON,

Juan Manuel Igartua, S. J.

ACTO DE CONSAGRACION DE «SCHOLA CORDIS IESU» AL CORAZON INMACULADO

Y MATERNAL DE MARIA MEDIANERA DE TODAS LAS GRACIAS

Las Secciones del Apostolado de la Oración

CASIMIRO PUIG, S. I.

El Apostolado de la Oración en sus comienzos fue concebido como *un espíritu* que había de infundirse a los individuos a través de las diversas comunidades y asociaciones (Est. de 1866).

I. ACTIVIDADES DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN A TRAVÉS DE SUS ESTATUTOS

1. *Los Estatutos de 1866* en tiempo del P. Ramière, dicen: El A. O. es más bien una liga de oraciones en la que están invitados a inscribirse no sólo los fieles individualmente, sino *con preferencia* las asociaciones piadosas de fieles (art. 1). Y en su art. 6, dice: «Los fieles que no pertenecen a ninguna comunidad o asociación agregada podrán ser recibidos en el Apostolado siempre que sus nombres estén inscritos en el registro de una asociación agregada... —Su única obligación es el ofrecimiento diario unido al Corazón de Jesús que se inmola sin cesar.» —Los inscritos quedan agregados a la Cofradía del Corazón de Jesús» (Art. 2).

En estos Estatutos ya aparece como un espíritu que informa la vida de otras organizaciones y asociaciones.

2. *Los Estatutos siguientes de 1879* (aún en tiempo del P. Ramière). Insisten en el ofrecimiento; y se invita a los fieles a las obras de piedad y de misericordia. Se comienza a hablar de los Celadores y llevan a sus socios a la práctica del apostolado activo.

3. *Los terceros Estatutos del año 1896*, al año siguiente de la muerte del P. Ramière:

a) Separan el Apostolado de la Oración de la Cofradía del Corazón de Jesús, «porque aunque parezca tener alguna cosa común con ella, sin embargo se distingue de ella por su fin, que es eminentemente universal, y por sus peculiares medios de que se sirve» (art. 1). Se determinan las *actividades* del A. O. de manera que no tro-

pez en el campo de acción de la Cofradía del Corazón de Jesús, del Rosario Viviente y de la llamada Hora Santa.

b) Se acentúa su carácter espiritual: promover la gloria de Dios y la salvación de las almas por medio de la oración mental, vocal y también de otras obras pías en cuanto son impetratorias y pueden conciliarnos la benevolencia del Sacratísimo Corazón de Jesús. La devoción al Corazón de Jesús no constituye el fin de la Asociación, sino el medio más eficaz y esencial.

c) Para vivir este espíritu del Apostolado de la Oración, prescribe el *Ofrecimiento diario* que constituye el primer grado, absolutamente indispensable, de los tres que establece. Por la palabra *oración*, se entiende aquel apostolado que se vale, *únicamente* de la oración para lograr el fin que se propone (Manual del A. O. de 1945, n.º 17).

d) Prohíbe, el artículo V añadir al Apostolado otras obras piadosas a fin de evitar el peligro que, atendiendo otras obras distintas de las que se proponen en los estatutos, sufriera menoscabo su sencilla unidad y su magnífica integridad, y de que sus recursos singulares y propios se sepultaran en el olvido, conforme al adagio: el que mucho abarca poco aprieta. Solo el Ordinario en los límites de su diócesis puede recomendar en su diócesis obras determinadas (Manual del A. O., 1945, n.º 121).

e) Entre las *actividades* a que pueden dedicarse los *Celadores*, además de la de promover la espiritualidad propia de los tres grados, dice el Manual: «Júntense en los tiempos señalados para determinar acerca de todo lo que puede conducir más a la gloria de Dios y salvación de las

almas, y al culto al Corazón de Jesús. Convenirá, según las circunstancias promover las Congregaciones Marianas, prestar ayuda a otras *asociaciones piadosas* del mismo lugar parroquiales o diocesanas y principalmente la Acción Católica» (Manual del A. O. de 1945, n.º 95, 163).

II. ACTIVIDADES DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN SEGÚN EL P. RAMIÈRE

Actividades de los Celadores

1. Ya el P. Ramière en su Obra «El Apostolado de la Oración», al tratar de los *Celadores*, dice: «En cuanto les sea posible los celadores y celadoras se reunirán cada mes bajo la presidencia del director, a efecto de acordar *los medios* más oportunos para promover los deseos y los intereses del Corazón de Jesús.» Trata después de las actividades propias de la organización y añade: «Sin embargo, no se limitará aquí su celo, ya lo hemos dicho: deberá extenderse a todo lo que en la respectiva localidad interesa a la gloria de Dios i:gnorantes que deben ser instruidos, almas que deben alejar de las ocasiones y peligros próximos de pecar, pecadores a quienes pueden ofrecerse medios de conversión, fundaciones útiles que pueden establecerse y fomentarse, estos objetos y otros semejantes deberán discutirse y tratarse en la reunión de los Celadores y Celadoras. No pierdan de vista los unos y las otras, que al poner toda su influencia al servicio del Corazón infinitamente agradecido de Dios, le imponen una especie de necesidad de ocuparse de los intereses de cada uno de ellos, con tanta mayor actividad cuanto mayor es el descuido en que ellos los dejan por su amor» (Podemos cambiar el mundo, p. 290).

2. *En las meditaciones destinadas a los Celadores*, después de dedicar una meditación a declarar cual es el objetivo de las almas unidas al Corazón de Jesús: la gloria del Corazón de Jesús: darle a conocer y por este medio hacer que se le ame más, propagar su espíritu, establecer su reinado; tal será el motivo constante de nuestros esfuerzos: hacerle reinar en las almas... hacerle reinar en las familias... hacerle reinar en la sociedad (Meditaciones, 1944, p. 187).

3. *Normas para seleccionar las actividades*. El P. Ramière pasa a dar las normas para seleccionar las obras que pueden contribuir a alcan-

4. En *los Estatutos de 1951* se establecerá las *Secciones*, que resuelve el problema de armonizar el espíritu de oración con las actividades apostólicas.

zar tan amplio objetivo: «Nada puede excluir de lo que ese divino Corazón puede desear de ellas. El es el Maestro, el Guía.» «La norma la tenemos en este mismo divino Corazón: el grado que El otorga a las diversas obras será la norma de preferencia: la necesidad o utilidad para la salvación eterna de las almas» (Med., 1944, p. 199).

4. *Aplicación de las normas.*

Recuerden los servidores del Corazón de Jesús que la *conservación, el progreso y triunfo de la Iglesia* es su supremo interés: el amor a la Iglesia es inseparable del amor a Jesucristo (Meditaciones, 1944, p. 191).

— «Favorecer la creación de institutos destinados a difundir *la ciencia en el clero.*» — «Propagarán *los periódicos y libros buenos*, formarán en las ciudades y hasta en las aldeas bibliotecas para contrarrestar la homicida influencia de los libros impíos e inmorales» (Id. 152). — «Cuidar de que prevalezca *en la sociedad* de la que forman parte *el espíritu del Evangelio* y las leyes santas de la Iglesia.» — «Nada omitirán a fin de hacer a *los jóvenes* fácil y amable la práctica de la piedad y a fin de alejarles de las lecturas y diversiones peligrosas para la fe... Las Conferencias de S. Vicente de Paúl han hecho un bien incalculable» (Id. 193).

— *Obras particulares*. Podrán emprender ciertas obras particulares que tengan por objeto especial honrar al Sagrado Corazón y al Inmaculado Corazón de María..., libros, oraciones, medallas i emágenes..., la adoración nocturna, la comunión reparadora (Id. 196).

— *Necesidades espirituales*. Subvenir las necesidades espirituales de sus hermanos por quienes Jesucristo quiso morir. Visitas a los enfermos, instrucción de los niños y de los pobres a los que no alcanzan los catecismos parroquia-

les... —la preservación de los jóvenes, las diversas asociaciones de caridad. Tales serán las ocupaciones predilectas (Id. 196).

— *Necesidades corporales.* Cuando las circunstancias se prestan a ello su celo les llevará a socorrer las enfermedades corporales, cuyo alivio es, con frecuencia, el medio más eficaz para trabajar en la curación de las almas... — Se dispondrán a acudir en ayuda de las apremiantes necesidades en los tiempos de calamidades públicas (Id. 197).

5. Selección de obras.

— *No todas las obras.* Todas las mencionadas obras son muy gratas al Corazón de Jesús, aunque no todas lo sean en el mismo grado. «Los devotos del Corazón de Jesús deberán por tanto simpatizar con todas.» Y, dando normas sobre la selección entre las diversas actividades apostólicas, recuerda que lo mejor es enemigo de lo bueno, que hay que examinar las propias fuerzas —tener en cuenta los compromisos contraídos y temer la inconstancia (Id. 198).

III. ACTIVIDADES APOSTÓLICAS DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN SEGÚN LOS ESTATUTOS DE 1896

1. *Dispersión y desorientación.* Este celo apostólico nacido de la identificación con el Corazón de Jesús y que los miembros del Apostolado de la Oración están llamados a practicar, ya sea individualmente, ya adheriéndose a otras asociaciones, ya secundando iniciativas de los compañeros celadores, trajo cierta desorientación. En Barcelona, la sección de Señoras del A. O. de la Iglesia del Sagrado Corazón organizó, a principios de este siglo, unas catequesis, algunas de ellas con locales propios. En las memorias del P. Solé se mencionan las Escuelas del Torrente de las Flores, 64, del Sagrado Corazón; en 1900 se adquieren terrenos para unas escuelas y en el año 1902 ya funciona con profesores dirigidos por P. P. Jesuitas.

Las celadoras más antiguas recuerdan, como dependientes del A. O. otras escuelas: las de la calle Mallorca, las de la calle Gerona, y las de la calle Dos de Mayo.

En tiempo del P. Orlandis —cumpliendo órdenes de la Dirección General, que juzgaba que estas actividades apostólicas ahogaban el verdadero espíritu universal del A. O.—, comunicó a las celadoras que dejaban dichas escuelas de depender del A. O., porque éste se debía no solo a unas escuelas, sino a todas (Manual del A. O., 1945, p. 145).
p. 141).

2. *Actividades propias.* El *Nuntius Apostolatus* del año 1949, p. 155 comentando los Estatutos del año 1896, trata de las actividades propias del Apostolado de la Oración, es a saber: propa-

gar su espíritu y sus prácticas. Respecto a otras actividades dice: algunos se contentan con celebrar algunas piadosas funciones, la Comunión reparadora, el reparto de las hojitas de las intenciones; otros directores dilatan el campo según su arbitrio y dedican las fuerzas de la unión en obras ya religiosas, ya sociales no peculiares del Apostolado de la Oración, tales que cualquier otra asociación puede realizar. Tales obras aprobadas por el Ordinario, según a las circunstancias pueden asumirse, pero con cautela porque no son propias del Apostolado de la Oración (N. A., 1945, p. 155).

Concluye el *Nuntius Apostolatus*. El Apostolado de la Oración puede y debe legítimamente ejercer algunas actividades propias suyas: por ejemplo, propagar la oración apostólica y reparadora; enseñar a los socios la naturaleza, fin y elementos esenciales del Apostolado de la Oración y de sus grados; formar a los socios en el ejercicio y espíritu de la oración apostólica y de entrega; promover la devoción al Corazón de Jesús; fomentar en ellos el deseo de perfección, esto es, educar ascéticamente y en el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús al pueblo cristiano (N. A. 1945, p. 156).

Apostolado amplísimo. Este campo de apostolado es amplísimo y al mismo tiempo difícil... Esto deben hacer los directores... y los celadores que son sus auxiliares; y así ejercen una magnífica actividad apostólica. Por lo tanto a los directores y a sus auxiliares los celadores incumbe el oficio y deber de propagar la oración apostólica y al mismo tiempo la devoción al Corazón de

Jesús; las otras obras, si las circunstancias lo aconsejan y la aprobación de los Obispos podrán tomarse.

El pensamiento del P. Ramière era que los llamados al Apostolado de la Oración no se limitasen al mismo, sino que llevasen el espíritu del A. O. a las otras obras, religiosas, benéficas y sociales.

3. *Actualidad de este espíritu.* Este espíritu va contra el naturalismo...; procura con todas sus

fuerzas extender el Reino de Jesucristo...; se fundamenta en el dogma de nuestra incorporación a Cristo y a su Cuerpo Místico... Esta verdad hay que inculcarla siempre, y reavivarla en la memoria porque el Apostolado de la Oración no consiste tan solo en unas prácticas o recitación de preces, sino en un espíritu que penetra todas nuestras acciones, las vivifica, las eleva y las transforma, las santifica, y dirige toda nuestra vida a propagar el Reino de Dios (N. A., 1945, p. 157).

IV. SOLUCIÓN DEL PROBLEMA DE LA LIMITACIÓN DE LAS ACTIVIDADES. — LAS SECCIONES

a) *Su razón de ser.* Una organización universal como el Apostolado de la Oración, que pretenda comunicar a todos su programa de vida espiritual necesariamente debe procurar acomodar este programa a las varias categorías de personas (Manual del A. O. de 1957, p. 258). (Véase también Bol. Int., Dir. 1952, p. 126).

Efectivamente el Apostolado de la Oración con su espiritualidad y con sus prácticas, sobre todo con el *Ofrecimiento diario* unido a las intenciones del Corazón de Jesús para que venga el Reino de Dios infunde en el alma, no solo la unión con Jesucristo, sino *espíritu apostólico* (véase Formación al Apostolado, Bol. Int. Dir., 1960, p. 102).

Fue en los *Estatutos de 1951* en los que se dio solución a este problema. Se reconoce la existencia de Secciones. El Manual Teológico Pastoral del Apostolado de la Oración de 1957 establece los *criterios* por los que se han de regir las Secciones. Estos criterios están aceptados y perfeccionados en los Estatutos actuales de 1968 y explicados en el Boletín Internacional de Dirigentes de 1970, p. 121. (Véase Meseguer, «Apostolado Radical», p. 95.)

Los Estatutos de 1951 respecto a las Secciones, dicen: a) Con el fin de que se adapte mejor el Apostolado de la Oración a las diversas condiciones de personas y lugares se pueden constituir en las distintas localidades, con aprobación de la Dirección General, Secciones especiales del Apostolado de la Oración a las que se designe con nombres propios. b) Estas Secciones retienen los fines, las prácticas y la organización substancial del Apostolado de la Oración, pero añaden especiales obras de piedad y celo apostólico (Est. a 8.)

Los *Estatutos de 1968* incorporan la misma doctrina y añaden: las nuevas Secciones que no excedan los límites de la propia nación pueden instituirse por el Director Nacional, con aprobación del Ordinario, las que excedan estos límites, necesitan la del Director General. (Est. a V.)

b) *Condiciones requeridas para constituir una Sección.*

1. *Para adaptarse a las personas y lugares.* A las personas, p. e., la Cruzada Eucarística para niños y los Caballeros del Corazón de Jesús para hombres. Lugares: p. e., el Sagrado Corazón de Jesús en las ondas.

2. *La autoridad competente.* Si la Sección es local, el Director del Centro; si diocesana, el Director Diocesano; si es nacional, el Director Nacional; si traspasa el ámbito de la nación, el Director General. Cuando traspasa los límites de un Centro local se requiere la aprobación del Ordinario.

Los *Centros locales* pueden crear Secciones para cuidar de los ornamentos sagrados o el ornato del templo. Estas Secciones pueden ser constituidas por la autoridad del Director Local.

Por lo cual, dice el Manual del Apostolado de la Oración de 1957 (p. 126), si se hiciera alguna organización con los socios del Apostolado de la Oración por el mismo Director, p. e., un círculo para promover el estudio de las cuestiones sociales, o para ayudar a los pobres, estas agrupaciones no serían Secciones del Apostolado de la Oración, sino simplemente trabajos realizados por los mismos socios del Apostolado.

Mas como tales obras no responden de suyo estrictamente al fin propio del Apostolado de la Oración, no deberán acometerse sin verdadera y grave necesidad; porque de otro modo, fácilmente se descuidaría el fin principal del Apostolado de la Oración, que consiste en formar a los fieles en el espíritu apostólico, según la índole sacrificial de la vida cristiana.

En estos y en otros casos semejantes, es más recomendable que los socios del Apostolado de la Oración formen asociaciones independientes, que sin embargo conserven, como programas de formación espiritual, el propio programa del Apostolado de la Oración.

3. *Deben retener los mismos fines.* El fin primario de las Secciones es formar a los socios en espíritu apostólico, de tal manera que aprendan a convertir su vida en sacrificio con Cristo.

Las prácticas. Las Secciones deben retener todas las prácticas contenidas en el programa del Apostolado de la Oración aunque puedan urgir más una u otra práctica, o añadir alguna otra.

Retienen la organización substancial. Lo substancial es que estén sometidos al Director Local, Diocesano, Nacional o General, según sea el ámbito de la Sección.

La tendencia general del Apostolado de la Oración respecto a las Secciones ha sido siempre tener con ellas una razonable vinculación jurídica y un máximo de influjo espiritual y sobrenatural, tanto respecto a los miembros de las Secciones como de los objetivos peculiares a conseguir, ascéticos y apostólicos. (Mesguer, «Apostolado Radical», p. 97.)

En lo jurídico el Apostolado de la Oración y sus Secciones en el orden nacional se suelen regir por alguno de estos tres sistemas: 1.º Que el Director Nacional de la Sección *dependa* del Direc-

tor del Apostolado de la Oración. — 2.º Que ambos Directores sean *casi independientes*, es decir, que dependa tan sólo la Sección en los asuntos generales y comunes de la Dirección Nacional. — 3.º Que ambos Directores sean *independientes*, si bien se procura entre ellos la armonía y colaboración. (Bolet. Int. Dir. 1970, p. 126.)

4. *Añaden especiales obras de piedad y celo* Apostólico. Toda Sección tiene algo propio suyo, pues de otra manera no sería Sección. Este particular debe responder al fin y a la naturaleza propia del Apostolado de la Oración. Por eso, no es lícito emprender por una Sección cualquier clase de obras piadosas caritativas o sociales, sino que estas obras tienen que tener algún vínculo interno, que los una con el fin del Apostolado de la Oración. Así, p. e., la Comunión Reparadora, la Consagración de Familias, el Rosario en familia, etc., convertidas en Sección.

Si se emprenden otras obras que no son tan propias del fin del Apostolado de la Oración, hay que procurar que, de alguna manera apropiada, se unan a él. Así, p. e., una empresa social se puede tomar bajo el aspecto de promover el Reino del amor de Cristo o el Reinado del Sagrado Corazón de Jesús; o tomarla de tal manera que aparezca y sea promovida como obra hecha en honor del Sagrado Corazón y acogida a su protección, con el fin de que el éxito feliz de esta obra ceda en particular honor del mismo Divino Corazón.

5. *Las Secciones deben tener nombre propio* para que se distingan como algo particular del Apostolado de la Oración.

6. *Las Secciones deben tener sus propios Estatutos.* Así lo requiere cualquier organización para que pueda actuar ordenadamente. (Manual del Apostolado de la Oración de 1957, p. 259.)

V. SECCIONES EXISTENTES O QUE SINTONIZAN CON EL ASPOSTOLADO DE LA ORACIÓN

El Boletín Internacional de Dirigentes de 1970, p. 32, recoge las principales.

1. *Las Federaciones del Sagrado Corazón* para hombres que se desarrollaron en Canadá, Bélgica, Alemania, Portugal. En España han tenido escasa importancia.

2. *La Cruzada Eucarística* para adolescentes y niños. Se fundó en Francia. Ha tenido gran éxito. Pío XII aprobó sus Normas.

3. *Sección por la Unión de los Cristianos.* La fundó el P. Jansens, en 21 de junio de 1959. Recibió un fuerte impulso por Juan XXIII. Colaboró

en la redacción de los Estatutos el Cardenal Bea. Estimula a la Oración por la unión de los Cristianos. No se ha desarrollado debido a que otros organismos diocesanos y singularmente la Acción Católica ya se ocupan de este aspecto de la pastoral.

4. *La Federación por la Santidad Sacerdotal*. Fundada en Francia por el P. Luis Feyerstein. Antes de la guerra mundial tenía 16.000 socios. Se adhirió como Sección del Apostolado de la Oración en 6 de agosto de 1959. Debido a que existen muchas otras asociaciones que tienen la misma finalidad y ha decrecido el culto al Corazón de Jesús, también ha decrecido el número de miembros. (B. I. D., 1970, p. 123.)

5. El P. Meseguer, en su libro «Apostolado Radical», nos da una sucinta idea de la *Sección de Enfermos, de los Equipos y Grupos Proeclesiales del Apostolado de la Oración y del Bonus Pastor* de Madrid y de Valencia (O. C. 100, 108).

6. *Los jóvenes por el Reino de Cristo*. Recientemente se ha constituido en Sección del Apostolado de la Oración.

Es una agrupación de diversas organizaciones apostólicas juveniles participando en el espíritu del Apostolado de la Oración que les anima, se unen para ayudarse mutuamente, intercambiar ideas y experiencias, programar y colaborar en actividades de interés común (encuentros, publicaciones, obras apostólicas) en orden a fomentar en sí mismos y en la Iglesia ese espíritu del Apostolado de la Oración que cada uno de ellos posee (art. 1).

Esta organización respeta plenamente la independencia y características jurídicas y jerárquicas de cada una de las organizaciones que la integran, así como los matices peculiares de su espiritualidad, siempre que ésta comprenda los elementos básicos de la espiritualidad del Apostolado de la Oración (art. 2).

Los J. R. C. se constituyen como Sección Nacional del Apostolado de la Oración, según los Estatutos del mismo. El Director de esta Sección será el Director del Apostolado de la Oración o nombrado por él (art. 6).

7. *La Schola Cordis Iesu*, que en carta del P. Swendimann, Director General del Apostolado de la Oración, dirigida al P. Cayuela, mereció la aprobación laudatoria (junio de 1957), fue consti-

tuida Sección del Apostolado de la Oración por decreto del Dr. Modrego el 29 de diciembre de 1959 y establecida en 6 de enero de 1960.

Fueron sus Estatutos puestos al día y conformados a las enseñanzas del Concilio sobre el Apostolado Seglar y de los nuevos Estatutos del Apostolado de la Oración de febrero de 1968 en 3 de diciembre de 1970.

Schola Cordis Iesu, «según *la mente del Fundador*, P. R. Orlandis, tenía como fin la formación de socios y celadores del Apostolado de la Oración que, por medio de un conocimiento más profundo del culto al Corazón de Jesús y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno, se preparen para trabajar en la instauración de su Reinado en todos los órdenes de la vida humana».

«De acuerdo con las ideas expresadas en la Introducción que precede y que forma parte integrante de estos Estatutos, Schola Cordis Iesu es una Sección del Centro del Apostolado de la Oración de la Iglesia del Sagrado Corazón ordenada a la adecuación del programa espiritual del Apostolado de la Oración a las necesidades y aptitudes de los seglares que buscan en el culto al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado y Maternal Corazón de María el impulso y la orientación para la tarea de la *Consecratio mundi*» (artículo 1).

«Las actividades propias y específicas de Schola Cordis Iesu son todas aquellas de formación espiritual y cultural (Cf. Est. A. O. III) que pueden contribuir a formar a sus miembros en orden al fin expresado en la Introducción y en el ar. 1.»

«Se tendrá como principio y norma la aceptación filial de las enseñanzas del magisterio solemne y ordinario del Papa y del Colegio Episcopal» (art. 2).

«Se considerará como específicamente adecuada a la formación espiritual propia de Schola Cordis Iesu la práctica de los Ejercicios Espirituales, según el método de San Ignacio de Loyola.

En los estudios filosóficos y teológicos se tendrá como maestro y guía el Doctor común Santo Tomás de Aquino» (art. 3).

Actualmente secundando los deseos de la Dirección General y Nacional se han tenido varias reuniones, y se están haciendo los trámites convenientes para ser promovida a *Sección Nacional del Apostolado de la Oración*. Véase «El Reino de Cristo» de marzo de 1980, artículo del señor F. Canals.

EL REINADO DEL SAGRADO CORAZON

IGNACIO AZCOAGA BENGOCHEA

INTRODUCCION

El objeto de este artículo es indicar la íntima conexión existente entre la devoción al Corazón de Jesús y el reconocimiento individual y social de la Realeza de Cristo, fijando más la atención en las manifestaciones extraordinarias del Sagrado Corazón a Santa Margarita en Paray y siguiendo los pasos preclaros del artículo fundacional de Schola del P. Orlandis.

La devoción al Corazón de Jesús, fuente de la que «manarán las aguas que beberemos con gozo», perdería su sentido y se desfiguraría pasando a ser, seguramente, una devoción más y sin alcance ni proyección en nuestros tiempos si fuera olvidado el aspecto de la Realeza de Cristo.

La no consideración de la última vinculación entre los dos aspectos citados del Amor Misericordioso de Nuestro Redentor sería totalmente contraria a lo que los dos documentos pontificios han proclamado al considerar estas dos realidades.

Por otra parte, la contemplación de la Realeza de Cristo desvinculada de la devoción al Corazón de Jesús y no considerada como proclamada por la difusión del Amor Misericordioso y fruto del mismo, estaría abocada a ser reducida a un mesianismo terreno evangélico y en consecuencia desembocaría en una desacralización de las instituciones sociales, lo que es contrario a la «consecratio mundi» y a la «animación cristiana del orden temporal» aspectos ampliamente tratados en los textos del Concilio Vaticano II.

Es importante hacer notar que esta íntima conexión existente entre la devoción al Corazón de Jesús y la proclamación de la Realeza social de Nuestro Señor Jesucristo encuentra su más virulenta oposición en el naturalismo, asimismo, to-

talmente ligado al laicismo en todas sus formas sociales y políticas (ver el por qué de esta Revista, Cristiandad, 1944) procedentes de la descendencia de la serpiente del Paraíso.

El P. Orlandis en su artículo fundacional «Pensamientos y ocurrencias», nos habla de tres etapas de la devoción al Corazón de Jesús «desde que esta devoción se hizo pública y universal». (Ya que esta devoción es de siempre como claramente expresó Pío XII en la encíclica «Haurietis aquas».

El texto dice así:

«La primera la marcan las revelaciones de Paray le Monial; la segunda los escritos y obras del P. Enrique Ramière; la tercera la difusión de los escritos de Santa Teresita del Niño Jesús.»

(CRISTIANDAD, septiembre, 1958)

1.ª ETAPA DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS: PARAY

Que Santa Margarita María de Alacoque tiene un puesto providencial en la propagación y universal conocimiento de esta devoción al Corazón de Jesús, debido a las gracias y dones extraordinarios con los que fue bendecida, es algo que hoy día nadie puede dudar, ya que viene avalado por el Magisterio de la Iglesia de modo principal en las encíclicas «Misericordissimus Redemptor» y «Haurietis aquas» de Pío XI y Pío XII respectivamente.

Las Revelaciones privadas del Sagrado Corazón a Santa Margarita contienen los aspectos principales de esta devoción, aspectos que posteriormente han sido sistematizados teológica-

mente por el P. Enrique Ramière y que el Magisterio de la Iglesia ha recogido en las encíclicas «Annum sacrum», «Miserentissimus Redemptor», «Quas primas» y «Haurietis aquas» entre otras.

Estos aspectos principales a que me refiero están admirablemente sintetizados por el P. Orlandis en el artículo antes citado.

«La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracia y santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su Corazón de hombre y a su Corazón de Dios; es un quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitud y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con alvido, desvíos, menosprecios o injurias, y no quieren recibir los beneficios y gracias que El anhela concederles; pero además es una verdadera profecía de que El reinará en el mundo a pesar de sus enemigos y esto porque por esta nueva redención destruirá el imperio de Satanás y sobre las ruinas del mismo levantará el imperio de su Amor.»

Yo no he visto en ningún escrito una tan admirable síntesis de lo que constituye el mensaje de Paray, es el contenido de lo que se ha llamado las cuatro grandes Revelaciones y las cartas con lo más nuclear del mensaje.

A continuación voy a transcribir los textos de los escritos mismos de Santa Margarita.

Es de notar que la separación utilizada por el P. Orlandis con el signo punto y coma tenía una enorme significación aunque parezca trivial.

Textos de Santa Margarita:

«Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las extienda por tu medio; y que se manifieste a ellos para enriquecerles de los preciosos tesoros que te descubro, y que contienen las gracias santificantes y de salvación necesarias para evitarles el abismo de perdición; y yo te he escogido como un abismo de indignidad y de ignorancia para el cumplimiento de este gran deseo a fin de que todo

sea hecho por mí.» (Santa Margarita M.^a, Oeuvres choisies, Paray-le-Monial, págs. 54, 55.)

«Y El me hizo ver el ardiente deseo que tenía de ser amado por los hombres y de retirarlos del camino de perdición al que Satanás los precipita en muchedumbre, le había hecho formar este deseo de manifestar su Corazón a los hombres con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracia, de santificación y de salvación que El contenía, a fin de que todos aquellos que quisieran rendirle y procurarle todo el honor, el amor y la gloria que estuviera en su poder, El les enriquecería con abundancia y profusión de estos divinos tesoros del Corazón de Dios que era la fuente, la cual era preciso honrar bajo la figura de este Corazón de carne, con el que quería la imagen ser expuesta y llevado sobre mí y sobre el corazón, para imprimir allí su amor, y llenarlo de todos los dones de los que estaba lleno y para destruir los movimientos malos.» (Op. cit. preface, lettre 133 au p. Croiset.)

«Y una vez, entre otras, que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, después de sentirme recogida dentro de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó a mí, todo rebotante de gloria, con sus cinco llagas, brillantes como cinco soles, y de esta Sagrada Humanidad salían llamas de todos los lados, pero sobre todo de su adorable pecho que parecía un horno, y estando abierto, me descubrió su todo amante y todo amable Corazón, que era la viva fuente de estas llamas. Fue entonces que El me descubrió las maravillas inexplicables de su puro amor y hasta tal exceso le había llevado amor a los hombres, de los cuales no recibía más que ingratitudes y desprecios.» (Op. cit. p. 57.)

En lo que se ha llamado la Gran Relevación del Sagrado Corazón, refiere la Santa:

«He aquí este Corazón que tanto he amado a los hombres, que no ha ahorrado nada hasta agotarse y consumirse por testimoniarles su amor; y por reconocimiento, no recibo de la mayor parte más que ingratitudes, por sus irreverencias y sus sacrilegios y por las frialdades y desprecios que ellos tienen para mí en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún más sensible es que éstos son corazones que me están consagrados los que así obran.

»Es por esto por lo que yo te pido que el primer viernes después de la octava del Santo Sacramento sea dedicada una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando aquel día y haciendo reparación de honor para pedir perdón, para reparar las indignidades que El ha recibido durante el tiempo que ha sido expuesto en los altares. Yo te prometo también que mi Corazón se dilatará para expandir con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le rindan este honor y procuren que le sea rendido.» (Op. cit. p. 97-98.)

EL REINADO DEL SAGRADO CORAZON EN PARAY

En las revelaciones de Paray parece que queda algo escondido el aspecto del reinado del divino Corazón, ya que la propia manifestación de los tesoros de su Corazón fuente de gracias, el sacrificio víctima de la vida de Santa Margarita y la Consagración y reparación da la impresión de dejar sin explicitar la idea del Reinado del Sagrado Corazón.

No obstante, una lectura atenta y reflexiva de los escritos de Santa Margarita nos convencen inmediatamente de lo equívoco de esta apreciación porque así como los aspectos de propagación de la devoción al Corazón de Jesús y el establecimiento de una fiesta litúrgica son sus empeños apostólicos, éstos no van deslindados sino todo lo contrario del deseo ardiente de que Reine el Corazón de Jesús, que es un reinado sobre los corazones y que los consuelos que ella tiene en la pesada cruz de su vida es la de ver reinar el Corazón de Jesús, y aun las penas del infierno, sin el pecado, serían delicias con tal de ver reinar al Corazón de Jesús en todos los corazones, como dice ella misma.

Hay un aspecto también de gran importancia y es que precisamente el reinado del Sagrado Corazón es la finalidad de la extensión de la devoción del Corazón de Jesús.

A continuación expongo unos textos de los escritos propios de Santa Margarita en los que se expresan las ideas que antes he manifestado.

«La vida es una cruz para mí tan pesada que no hay ninguna consolación para mí sino la de ver reinar al Corazón de mi adorable Salvador; el cual me gratifica siempre con algunos sufri-

mientos extraordinarios cuando esta devoción adquiere algún crecimiento.» (Op. cit. p. 168.)

«Que yo le ame y que reine me basta.» (Op. cit. p. 184.)

«Algunas veces se alumbra un deseo tan ardiente en mi corazón de hacerle reinar en todos los corazones, que no hay nada que yo no quiera hacer por eso; aun las penas del infierno sin el pecado me serían dulces.» (Op. cit. p. 187.)

«Temo, mi muy querida Madre, no explicarme bien en el tema del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, del cual me parece haberos dicho que la imagen que El deseaba que Vuestra Caridad le hiciera hacer para su gloria y vuestro bien, fuera imprimida en grabado en dulce, a fin de que cada uno pueda comprarla, según su devoción, no teniendo en esto otro interés que su gloria, para la cual *El desea ardientemente que esta devoción se extienda en todos los corazones, a fin de que El reine absolutamente...*» (Op. cit. p. 190.)

«El reinará a pesar de sus enemigos y se convertirá en Maestro de los corazones que El quiere poseer, que es el principal fin de esta devoción, convertir las almas a su amor.» (Op. cit. p. 209.)

«Valor, mi querida Madre, no desistáis por todas las dificultades que se oponen, pues yo espero que nosotros tendremos éxito y Satanás permanecerá confuso, y este divino Corazón establecerá su reino y su imperio a pesar de aquél...» (Op. cit. p. 233.)

«Continuad con valor, mi querida Madre, es lo que tenéis como misión para su gloria en el establecimiento del reino de este divino Corazón» (Op. cit. p. 235.)

Un aspecto a hacer notar es que si la idea de reinado del Sagrado Corazón se da desde el principio y que desde luego está implícita en todo momento, cuando se explicita más y cuando adquiere mayor énfasis es al final poco antes de morir; como si esta idea se impusiera cuando ya es víctima perfecta modelada por el divino Corazón.

2.^a Y 3.^a ETAPAS: EL P. RAMIERE Y SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

La segunda y la tercera etapas, consideradas por el P. Orlandis en el artículo de referencia, requieren un análisis muy profundo y extenso que se escapa del alcance de este artículo, pero

quisiera señalar unas pocas consideraciones que pueden animar para continuar el estudio.

El P. Ramière, gran apóstol de la devoción al Corazón de Jesús, segundo fundador del Apostolado de la Oración, emprendedor de grandes empresas apostólicas utilizando para ellas los medios de comunicación social de la época, en realidad, como indica el P. Orlandis en «Pensamientos y ocurrencias», es el teólogo de la devoción al Corazón de Jesús y no hizo sino desarrollar y sistematizar lo contenido en el mensaje de Paray, proponiendo «todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural», cifrándose, como también dice el P. Orlandis, en dos principios:

«Primero: El Corazón de Jesús es el Centro de toda la vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre; de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización. Segundo: El Corazón de Jesús es principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su amor» (Pensamientos y Ocurrencias).

Tanto el aspecto de la íntima conexión entre el Espíritu Santo y el Corazón de Jesús, que ampliamente expone en sus escritos el P. Ramière y en especial en la «Divinización del cristiano», como el aspecto de la realeza de Cristo unida a la devoción al Sagrado Corazón, quedan ampliamente de manifiesto y teológicamente sistematizadas en su obra, que puede decirse fue recogida en las encíclicas pontificias anteriormente señaladas.

Finalmente, en cuanto a la tercera etapa se refiere, cabe señalar igualmente a modo de comentario que requeriría un estudio mucho más profundo y extenso.

La inclusión de la espiritualidad de Santa Te-

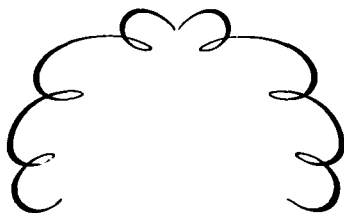
resita en lo que el P. Orlandis llama tercera etapa de la devoción al Corazón de Jesús, produce extrañeza a algunos, tiene a mi entender una trascendental importancia.

El P. Orlandis, en el artículo citado, se expresa de manera magistral y deja abierta la puerta, a mi juicio, al «modo», en el sentido en que utilizó este término Santo Tomás de Aquino, de practicar y vivir el aspecto de víctima, de austeridad y aparente dureza de que viene rodeado el mensaje de Paray.

Por otra parte, llegar a comprender y asimilar todo el trasfondo teológico de la obra del P. Ramière en estos tiempos del pluriempleo y urbanismo es labor humanamente al alcance de muy pocos, por eso pienso que la importancia de esta providencial visión del P. Orlandis estriba precisamente en la actualidad y fuerza que da a la devoción al Corazón de Jesús, vivida y extendida como sólo Santa Teresita lo hace en sus escritos con esa connaturalidad sobrenatural de la infancia espiritual.

«Santa Teresita —dice el P. Orlandis en «Pensamientos y ocurrencias»— no sermonea constantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; tampoco teoriza sobre los principios dogmáticos y espirituales en que tal devoción se funda. Pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma, tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma, que antes no conocía el Amor, lo siente, lo ve, lo gusta.» (Pensamientos y ocurrencias).

Ese deseo que manifiesta Santa Teresita de serlo «Todo», expresa con ello la consagración, la reparación, el espíritu de víctima y el reconocimiento del reinado del Sagrado Corazón.



ENTORNO A LA OBRA DE ENRIQUE RAMIERE

EL VATICANO II, NUEVO MOTIVO DE ESPERANZA DE LA IGLESIA

PERE BASIL

Desde que el jesuita Ramière publicó, en 1864, «Las esperanzas de la Iglesia», ha pasado más de un siglo. En la Iglesia se han sucedido nueve Papas, se han celebrado dos Concilios Ecuménicos. Ha habido en el mundo dos «grandes guerras», el comunismo se ha extendido en la mitad casi de la tierra, y el hombre, merced a los avances de la ciencia y de la técnica, ha descubierto la energía atómica y ha llegado hasta la luna... Quizás en ningún otro siglo la historia ha dado un paso más grande.

Las esperanzas del Padre Ramière se fundaban en razones teológicas y escriturísticas: las leyes de la Providencia, las promesas de Dios, que no es mi propósito examinar ni sería competente para ello. Pero Ramière se fundaba, también, y esto era, quizás, lo más original de su obra, en las propias tendencias de la sociedad y de la Iglesia.

A un siglo de distancia, ante la realidad presente y un futuro que se avecina con angustioso interrogante, ¿tendría aún sentido hablar, hoy, de las esperanzas de la Iglesia?

Si su objeto fuese el futuro escatológico, más allá del mundo y de los tiempos, la respuesta de la fe sería, sin duda, afirmativa. Pero el Padre Ramière, además de este fin trascendente, se refería al futuro de la Iglesia en este mundo, en su devenir histórico.

Y aquí nos sale al paso una primera cuestión: ¿No basta a los hombres saber que la Iglesia durará hasta el fin de los tiempos y que alcanzará su triunfo perfecto en el más allá?

Sin duda el propio Ramière tuvo ya en cuenta esta cuestión cuando decía: «Aunque tuviéramos que aguardar hasta la eternidad para alcanzar el triunfo, no habríamos de impacientarnos. La eternidad es mañana.»

Mas, dándole vueltas al asunto, creo comprender la razón, el por qué del interés de Ramière por este futuro terrenal. Es una razón tan antigua como la Iglesia misma y tan actual como el Vaticano II. Podría expresarse en estas palabras que están hoy en labios de todos: porque la Iglesia es **comunitaria**.

Dios, en efecto, ha querido santificar y salvar a los hombres no separadamente, sin ninguna conexión los unos con los otros, sino que los ha constituido en un pueblo... Así, pues, se escogió la comunidad de Israel como pueblo suyo, con el que hizo una alianza... preparación y figura de la nueva y perfecta alianza que Cristo instituyó con judíos y paganos, para formar una unidad según el Espíritu (1).

(1) Constitución «Lumen Gentium», n.º 9.

La esperanza en el futuro de este Pueblo de Dios es, al fin y al cabo, lo que da sentido a la predicación, al apostolado y aún a la Iglesia misma, **sacramento universal de salvación**.

No se trata aquí de ningún triunfalismo: la **Iglesia no está constituida con miras a buscar la gloria de este mundo (2), ni Cristo le prometió la victoria total aquí en la tierra (3)**. Solo se trata de comprender hasta lo más hondo que la salvación no es un negocio exclusivamente **individual**, sino una obra **comunitaria**.

Dios quiere salvar a **todos**, pero este querer —que no es una expresión retórica, sino una voluntad real y verdadera— depende de la libre aceptación de los hombres.

Escrutar el comportamiento futuro de la libertad humana, ¿será, acaso, una vana curiosidad?

* * *

Hasta aquí, unas esperanzas que, si referidas a un futuro terrenal, se proyectan hacia lo trascendente: la salvación eterna de los hombres.

Pero queda, todavía, otro aspecto, aunque secundario, importantísimo: es lo que Ramière llama la salvación de las sociedades civiles y su reconciliación con la Iglesia o, dicho con palabras del Concilio, la renovación del orden temporal.

La obra de la Redención de Cristo, que comporta esencialmente la salvación de los hombres, abarca también la renovación de todo el orden temporal. Pues la misión de la Iglesia no consiste solamente en dar a los hombres el mensaje de Cristo y de su gracia; implica también la penetración y remate del orden temporal por el espíritu evangélico (4).

De ahí que, tanto como de la Iglesia, podría hablarse de las esperanzas del mundo. No en vano **la Iglesia se siente solidaria del género humano y de su historia (5)**.

En la segunda parte de su obra, Ramière trataba de cimentar sus esperanzas en las tendencias profundas de los espíritus y de las sociedades que, en lenguaje actual, el Concilio denomina **los signos de los tiempos**, y que la Iglesia —dice— ha de escrutar e interpretar a la luz del Evangelio (6).

Como **ideas favoritas de su siglo**, Ramière señalaba la dignidad de la persona humana, la libertad civil, política y religiosa, la igualdad y la democracia, la fraternidad de los hombres, el espíritu de asociación, la hermandad de los pueblos, la tendencia a la unidad...

También el Concilio trata de discernir, en los acontecimientos, exigencias y aspiraciones del mundo contemporáneo, **las verdaderas señales de la presencia y del designio de Dios (7)**, y a grandes rasgos fija estos valores en el respeto a la dignidad de la persona, su sentido comunitario, su derecho a participar en la vida pública, la igualdad y la justicia social, la libertad, el derecho a los beneficios de la cultura, la necesidad de una comunidad internacional, la aspiración a la paz...

Ramière trataba de demostrar que la sociedad, por medio de sus mejores aspiraciones, a las que daba un sentido profético, se vería impulsada hacia la Iglesia mientras el Concilio reconoce la bondad de aquellos valores, **Como procedentes que son del genio que Dios ha dado al hombre, pero añade que, por culpa de la corrupción del corazón humano, a menudo se desvían de su propio fin y, por ello, necesitan ser purificados (8)**.

Esta obra de **renovación de todo el orden temporal**, a la que el Concilio dedica su Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy, es lógico que debe realizarse en este mundo, pues a él pertenece y con él se acaba el orden temporal, aunque la realización de esta obra es solo un paso, un principio de aquella renovación del mundo **irrevocablemente decretada por la que los siglos se encaminan a su término (9)**.

(2) «Lumen Gentium», n.º 8.

(3) Decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros, n.º 22.

(4) Decreto sobre el apostolado de los laicos, n.º 5.

(5) Constitución «Gaudium et spes», n.º 1.

(6) «Gaudium et spes», n.º 4.

(7) «Gaudium et spes», n.º 11.

(8) «Gaudium et spes», n.º 11.

(9) «Lumen Gentium», n.º 48.

El Culto al Espíritu Santo en la espiritualidad del Apostolado de la Oración

FRANCISCO CANALS VIDAL

La aprobación pontificia, en 27 de marzo de 1968, de unos nuevos Estatutos del Apostolado de la Oración que recogen la doctrina y el espíritu del Concilio Vaticano II fue acompañada de una significativa expresión, en carta del Secretario de Estado al Director General del Apostolado de la Oración, de la mente de la Santa Sede sobre el programa espiritual y apostólico de la Asociación.

Entre los puntos destacados en aquel documento se menciona un elemento capital, al que el progreso de la teología sobre el Sagrado Corazón dirige cada vez más la atención: el culto al Espíritu Santo, inseparable de una devoción auténtica al Corazón de Cristo.

«Entre los medios propuestos para este fin —el de dirigir a los asociados a una sólida y genuina piedad, enseñándoles a convertir toda su vida en oración de súplica y reparación— agrada a S. S. recordar los siguientes: el culto más intenso al Espíritu Santo, que mora en la Iglesia y habita en los fieles como en su templo, dando testimonio de su filiación adoptiva...»

En el propio texto de los Estatutos, el Espíritu Santo, Espíritu vivificante por el que somos hechos hijos de Dios, es mencionado al presentarnos la devoción al Corazón de Jesús como respuesta nuestra al amor del Señor. En el párrafo expresamente dedicado a tratar sobre «el culto al Sagrado Corazón», se nos dice, como conclusión última y como expresando la plenitud del espíritu de consagración y de reparación:

«Procuren imitar el ejemplo del amor del mismo Cristo a los hermanos, y por la caridad del Espíritu infunde en nuestros corazones amar a Aquel que nos amó con corazón de hombre.»

Al mostrarnos en el amor a nuestros hermanos el efecto y la participación del amor de Cristo, y esto por la efusión del Espíritu en nuestros corazones, el Apostolado de la Oración nos invita a centrar nuestra vida en el misterio de la liberalidad del amor misericordioso de Dios, que ha querido comunicarnos su vida divina:

«Penetrando más hondamente en el misterio del amor de Cristo, y participando mejor del misterio pascual el mismo Señor, corresponden al amor con el que nuestro Salvador se ofreció a Sí mismo para vida del mundo y dio vida a su Iglesia, nacida de su Corazón traspasado.»

Los vigentes Estatutos del Apostolado de la Oración recogen así admirablemente el moderno desarrollo de la doctrina sobre el culto y la devoción al Corazón de Jesús, que se expresó especialmente en la *Hautietis aquas* de Pío XII, y las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la vida cristiana y la Iglesia. Pero al afirmar esto, hay que reconocer también que el Apostolado de la Oración se mantiene por lo mismo en la autenticidad de su vocación originaria. Aquel ejemplar hombre de Iglesia que fue el P. Enrique Ramière, S.I., entendió el apostolado del Corazón de Jesús como anuncio del amor de Cristo «divinizante» del cristiano por la efusión del Espíritu de Dios a los hombres redimidos.

De aquí que el P. Ramón Orlandis, S.I., que al crear *Schola Cordis Iesu* tenía la convicción de no estar fundando un nuevo movimiento de espiritualidad y apostolado, sino de servir con fidelidad al que había fundado el P. Enrique Ramière, al Apostolado de la Oración, pudo subrayar en *Pensamientos y Ocurrencias*:

«Nótese que en la doctrina del P. Ramière es substancial la relación íntima que descubre entre la devoción al Corazón de Jesús, tesoro y fuente manantial de todas las gracias y la devoción a la Persona Divina del Espíritu Santo, Gracia increada, como dicen los teólogos, Don primordial e infinito de Dios, que recibimos en la justificación y en la santificación.»

En los escritos reunidos con el título *El Corazón de Jesús y la divinización del Cristiano*, cuya lectura recomendaza el P. Orlandis con especial insistencia, podemos notar la convicción cierta que tenía su autor de exponer el misterio revelado según la mente de la Iglesia al afirmar la inhabilitación en el alma cristiana del Espíritu Santo, el Don prometido y enviado, la Gracia increada, que anima y vivifica a la Iglesia y nos hace verdaderamente hijos de Dios.

La conexión entre el culto al Corazón de Cristo, símbolo del amor humano y divino de Cristo, y el Espíritu Santo, Amor personal que procede del Padre y del Hijo «no como nacido sino como *dado*» y que ha sido enviado como Don de Dios vivificante, hubiera podido quedar menos comprendida desde los planteamientos teológicos que parecían referir sólo al amor humano de Cristo el objeto simbolizado en el Corazón del Verbo encarnado. La encíclica *Haurietis aquas* marcó nuevamente el verdadero camino, por el que el culto al Corazón de Cristo contempla el misterio cristiano desde la perspectiva del eterno designio del Amor Misericordioso de Dios.

Este Amor Misericordioso está en el principio de toda la acción de Dios en la creación, en la elevación divinizante, en la economía de las Promesas y las Alianzas, en la Encarnación redentora y en la recapitulación de todas las cosas en Cristo.

Porque el P. Orlandis comprendió siempre así la devoción al Corazón de Jesús, se explica tal vez, por lo menos desde la perspectiva de una comprensión teológica, que pudiese ver la culminación del mensaje de Paray-le-Monial, y de la obra apostólica del P. Enrique Ramière, en el mensaje del Amor Misericordioso y de la infancia espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús.

Este punto pudo entonces sorprender a algunos. No es éste el momento de entrar en un planteamiento de esta cuestión. Para el objeto de esta nota bastará indicar que la pertenencia del mensaje de Santa Teresita a lo más profundo y esen-

cial de la espiritualidad del Corazón de Jesús es para nosotros menos problemática después no sólo de la *Haurietis aquas*, sino también, y de forma muy singular, después de la *Redemptor hominis* de Juan Pablo II.

El tema, por otra parte, fue tratado en forma documentada y rigurosa por el P. Jesús Solano, S.I., en un artículo titulado *Santa Teresa del Niño Jesús y el misterio del Corazón de Cristo* (Apostolado de la Oración, Boletín Internacional de Dirigentes, Roma, 1973, julio, págs. 202-210).

Para el objeto del presente número nos convendrá atender a las palabras con que el P. Orlandis presentaba a Santa Teresita como Mensajera del Corazón de Jesús, y del Espíritu de Amor:

«Santa Teresita no sermonea incesantemente sobre la utilidad y necesidad de la devoción al Corazón de Jesús; ...pero de la lectura de sus escritos nace espontáneamente en el alma tan santa, dulce y salvadora devoción, porque el espíritu verdadero de la misma unge y embalsama sus palabras y en ellas el alma que antes no conocía el Amor lo siente, lo ve y lo busca.»

«... las almas débiles y humilladas, ... encontrarán en las palabras de la Santa lo que antes tal vez buscaban en balde, el remedio de sus males: el Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.»

«Allí conocerán de una manera singular al Espíritu de Dios, al Espíritu de Amor, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios, Padre.»

Schola Cordis Iesu, la Sección Barcelonesa del Apostolado de la Oración, y sus amigos que se sienten unidos con ella en comunión de espíritu y en la vocación al servicio del Apostolado de la Oración, consideraron congruente con su finalidad como Sección del A. de la O., a la vez que como fiel expresión de fidelidad a su espíritu originario, incluir entre los puntos de su «Programa específico de espiritualidad y doctrina» el propósito de «*penetrar íntimamente en la conexión entre el culto al Corazón de Jesús, fuente y manantial de todas las gracias y la devoción al Espíritu Santo*» y también reconocer el patrocinio sobre *Schola Cordis Iesu* de Santa Teresita del Niño Jesús, ejemplo de espiritualidad apostólica por la oración y de «*oblación de la vida entera al Amor Misericordioso del Corazón de Jesús*».

SCHOLA CORDIS IESU

y la Devoción al Corazón maternal de María

JOSÉ M.^a ALSINA ROCA

Los actuales Estatutos del Apostolado de la Oración, haciéndose eco de la proclamación por Paulo VI durante el Concilio Vaticano II de María Madre de la Iglesia, señalan como uno de los elementos fundamentales de la espiritualidad de sus socios la devoción a la Santísima Virgen María Madre de la Iglesia:

«Los socios del "Apostolado de la Oración" veneran con amor filial a la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, íntimamente asociada a la obra de la Redención. Imiten su ejemplo, como esclava del Señor, que se entregó plenamente con todo su corazón a la obra de su Hijo. Y por eso hacen su Ofrenda a Dios por medio de Ella, como Medianera nuestra que es ante su Hijo. Ofrézcanle cada día el Rosario, o al menos un misterio, encomendando a su Corazón Maternal con todo fervor las necesidades de la Iglesia. Fomenten de buen grado el culto a la Santísima Virgen, sobre todo el litúrgico conscientes de que, lejos de impedir la unión de todos los fieles con Cristo, más bien la fomenta con su valimiento maternal.»

Con estas palabras los actuales Estatutos del A. de la O. confirman lo que ha sido una de las notas más características de su espiritualidad. La devoción al Corazón de Jesús ha estado desde sus orígenes íntimamente unida a la devoción a

María. De este modo María se nos presenta como el don más excelso del Corazón de Jesús y al mismo tiempo como la Medianera de todas las gracias que brotan del Corazón de su Hijo.

Por otro lado, como subrayaba vivamente el P. Ramière al comentar el significado de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por Pío IX, las esperanzas de la Iglesia, es decir, las esperanzas del Reino de Cristo, están alimentadas por la confianza puesta en María, como señalaba Pío IX:

«Ella, que destruyó siempre todas las herejías, y libró a los pueblos y naciones fieles de las mayores calamidades, se digne prestar su eficaz patrocinio para que la Santa Iglesia católica, removidas todas las dificultades y desbaratados todos los errores, se robustezca más y más cada día en todas las naciones y lugares, y florezca y reine del uno al otro mar y desde el principio hasta los confines del orbe, y se goce de completa paz, tranquilidad y libertad... y para que todos los que yerran apartada la ofuscación de la mente vuelvan al sendero de la verdad y la justicia sea uno solo el redil, uno solo el Pastor» (Inefabilis Deus, Pío IX).

La esperanza de la Iglesia puesta en María en orden a la salvación del mundo entero ha sido de nuevo proclamada por la Iglesia en el Concilio

Vaticano II cuando afirmó que María «precede con luz al peregrinante pueblo de Dios, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor» (*Lumen Gentium*, 68). María como Madre de la Iglesia enseña el camino de fidelidad y conduce al Corazón de Jesús, mostrando los planes de Redención universal que Dios tiene sobre la humanidad. Con palabras precisas el P. Orlandis señalaba la importancia de la devoción a la Virgen en la espiritualidad de los devotos al Corazón de Jesús:

«También es muy de considerar en la doctrina espiritual y social del P. Ramière, la intervención que atribuye en la obra de la santificación de las almas y en la realización de los planes salvadores de Jesús a su Madre y Madre nuestra María Santísima. La presenta de una manera precisa como Medianera entre Dios y los hombres en la dispensación de la gracia.»

Al destacar la importancia de los escritos de Santa Teresita del Niño Jesús para mejor comprender y sentir la devoción al amor misericordioso del Corazón de Jesús afirmaba:

«Allí conocerán con nueva luz a María, Madre de gracia y de misericordia; allí de una manera singular al Espíritu de Dios, al Espíritu de Amor, como suele hablar la Santa, en el cual llamamos a Dios Padre. De esta manera el alma se embeberá en estas devociones que son fondo y complemento de la devoción al Corazón de Jesús.»

Para expresar el ideal de Schola Cordis Iesu, CRISTIANDAD añadió a su título a partir de 1 de febrero de 1950 el lema: AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SU SAGRADO CORAZON.

En noviembre de 1951 SCHOLA CORDIS IESU se consagró al Inmaculado Corazón de María, Medianera de todas las gracias y, como fruto particular de esta consagración, nuestro lema a partir de 1 de enero de 1952 fue AL REINO DE CRISTO POR LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA.

Estos hechos fueron comentados en un artículo editorial, de Tomás Lamarca y Jaime Bofill, en que queda reflejado el espíritu de aquel acto de Consagración del que reproducimos lo siguiente:

«Hace cuatro años que su imagen en una excelente copia de la obra de un pintor mejicano del siglo XVII, preside nuestra capilla. El lienzo simboliza el Corazón de María recibiendo los efluvios de la Gracia que proceden de la Santísima Trinidad y desde su Corazón maternal los derrama sobre la Iglesia quien los vierte a su vez sobre la tierra, haciendo germinar en ella las virtudes de María, el lirio símbolo de la pureza y la rosa de la caridad.»

«Ante esta imagen Schola Cordis Iesu con todas sus obras ha hecho su Consagración al Inmaculado Corazón de María, Madre de Cristo Jesús y del Cristo Místico, *Mater Divinae Gratiae*. Y esta Consagración es al mismo tiempo un llamamiento. Porque he ahí que CRISTIANDAD ha nacido de *Schola Cordis Iesu* y de ella recibe su vida. Si los miembros de Schola quieren dar eficacia a su Consagración y que ésta no sea una mera fórmula, deben recordar que están comprometidos en una empresa que Dios y la Virgen han puesto en sus manos: difundir infatigablemente el ideal del Reino de Cristo por la devoción a los divinos Corazones. Y esto por medio de CRISTIANDAD.»



SENTIR CON LA IGLESIA

JOSÉ-LUIS GANUZA CORTINA

Juan Pablo II en la encíclica «Redemptor Hominis» nos presenta el misterio de la Redención del hombre por Cristo como la clave de la historia del hombre en la que ésta «ha alcanzado su cumbre en el designio de amor de Dios», y desarrolla apoyándose en la «Ecclesiam Suam» la magnífica doctrina de la «Lumen Gentium» en que se presenta a la Iglesia como «sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (L. G., núm. 1).

El Magisterio de la Iglesia en estos últimos tiempos ha profundizado más que nunca en la conciencia que tiene la Iglesia de su misión ante el mundo contemporáneo. La Iglesia ha sentido de una manera especial la necesidad de contestar a la llamada angustiada de la humanidad, y más que nunca se siente esperanzada, ante el «nuevo adviento», en su tarea de llevar a los hombres a Cristo, que es el único que a través del misterio de su amor redentor «ha penetrado, de modo único e irrepetible, en el misterio del hombre y ha entrado en su corazón» (R. H., núm. 9).

En la medida que se acentúa esta profundización en el ser y en la misión de la Iglesia, se vuelve piedra de toque para el cristiano, para discernir entre distintas actitudes, el manifestar el amor a la Iglesia nuestra madre, el sentirse parte integrante del cuerpo místico de Cristo, el sentirse Iglesia, en otras palabras, el sentir como siente la Iglesia de la que somos miembros.

Ciertamente no son pocas las voces disonantes que ha habido últimamente en el mundo cristiano. Existen actitudes «progresistas» en las que subyacen muy diversas herejías y a su vez actitudes «integristas» con tentaciones cismáticas. En todas ellas el amor a la Iglesia y el sentir con ella han brillado por su ausencia.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que estas voces no representan la fe del pueblo de Dios.

El Concilio Vaticano II nos enseña que «la totalidad de los fieles, que tiene la unción del Espíritu Santo, no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe en todo el pueblo cuando desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos prestan su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres. Con este sentido de la fe que el Espíritu de Verdad suscita y mantiene, el pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente a la fe confiada de una vez para siempre a los santos, penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el sagrado Magisterio, sometiéndose al cual no acepta ya una palabra de hombres sino la verdadera palabra de Dios» (L. G., núm. 12).

También es verdad que, como dice Juan Pablo II, la Iglesia se ha vuelto «más crítica frente a las diversas críticas desconsideradas, que es más resistente respecto a las variadas “novedades”, más madura en el espíritu de discernimiento, más idónea a extraer de su perenne tesoro “cosas nuevas y cosas viejas”, más centrada en el propio misterio y, gracias a todo esto, más disponible para la misión de la salvación de todos» (R. H., núm. 4).

El amor a la Iglesia y el sentir al unísono con ella nace de la gracia y de la connaturalidad con la fe y es una petición a hacer al Señor. El destacar la importancia de este tema y fomentar este espíritu ha sido siempre una tarea fundamental dentro del Apostolado de la Oración y como tal de Schola Cordis Iesu. Recordemos el artículo cuarto de los Estatutos:

«Para que pueda cumplir la Iglesia su misión de unir a todos los hombres con Cristo y entre sí y realizar la edificación de su Cuerpo Místico, por el Sacrificio eucarístico, es menester que todos los socios fomenten en sí y

en los demás el deseo de sentir con la Iglesia Universal y participar en todas sus solicitudes. A este fin hacen su Oblación Diaria por aquellas Intenciones, que el Sumo Pontífice propone cada mes por medio del Apostolado de la Oración y las que en casos de mayor urgencia encomienda a las oraciones de los fieles.

Incluyen también con agrado en su ofrenda diaria aquellas intenciones por las que los Prelados, en su región, piden oraciones.»

Si el P. Ramière dio el impulso decisivo al Apostolado de la Oración, el P. Orlandis al fundar Schola Cordis Iesu se sentía un continuador de su obra. Quería profundizar en aquello que aquél había expresado en sus obras y difundirlo. Extender el reinado del Corazón de Cristo fundado en las promesas de triunfo que la Iglesia presenta esperanzada valiéndose de los medios sobrenaturales que el mismo Cristo pone a nuestro alcance.

Quería que Schola Cordis Iesu fuese una Sección que además de vivir del espíritu del Apostolado de la Oración continuamente se dedicase a la reflexión y mantenimiento del propio espíritu de la obra.

Su espiritualidad estaba centrada en el «caminito de infancia espiritual» y de entrega al Amor Misericordioso propuestos por Santa Teresita del Niño Jesús. Recordemos algún texto de la «historia de un alma» para entender cómo expresaba la Santa su sentir eclesial:

«Ser tu esposa, ¡oh Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión contigo la madre de las almas, debiera bastarme. Pues no es así. Ciertamente estos tres privilegios constituyen mi vocación: Carmelita, Esposa y madre.

Sin embargo, siento en mí otras vocaciones. Siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. Siento, en una palabra, la necesidad, el deseo de realizar por Ti, ¡oh Jesús!, las más heroicas acciones.

Siento en mí el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir sobre un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Oh, Jesús! ¡Con qué amor te recibiría en mis manos cuando al conjuro de mis palabras bajaras del cielo! ¡Con qué amor te daría a las almas! Pero, ¡ay! Aun deseando ser sacerdote, yo admiro y envidio la humildad de San Francisco

de Asís, y siento al mismo tiempo la vocación de imitarle rehusando la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, vida mía! ¿Cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo retlizar los deseos de mi pobrecita alma?...

¡Ah! A pesar de mi pequeñez, yo quisiera dar luz a las almas, como los profetas y los doctores.

Tengo la vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra predicando tu nombre y plantar sobre el suelo infiel tu Cruz gloriosa. Pero, ¡oh, mi Bien Amado!, una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar a un mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más apartadas.

Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo, y serlo hasta el fin de los siglos.

Pero sobre todo desearía, ¡oh amadísimo Salvador mío!, derramar por Ti mi sangre hasta la última gota...

¡El martirio! He aquí el sueño de mi juventud. Ha ido creciendo conmigo bajo los claustros del Carmelo. Mas veo que también este sueño mío es una locura, pues no me limitaría a desear un género determinado de martirio. Para satisfacer mis ansias necesitaría padecerlos todos.

Quisiera ser flagelada y crucificada como tú, Esposo mío adorado. Quisiera morir despellajada como San Bartolomé y sumergida en aceite hirviendo como San Juan. Desearía sufrir todos los suplicios impuestos a los mártires. Con Santa Inés y Santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la cuchilla, y como Santa Juana de Arco, mi hermana querida, pronunciar dulcemente tu nombre en medio de la hoguera, ¡oh, Jesús!

Al pensar en los tormentos que padecerán los cristianos en tiempo del Anticristo, mi corazón salta de gozo, y desearía que me fueran reservados tales tormentos.

¡Jesús! ¡Jesús! Si fuese a escribir todos mis deseos, tendrías que prestarme el «Libro de la Vida»; en él están consignadas las acciones de todos los santos, y éstas son las acciones que yo hubiera querido realizar por ti.

¿Qué responderás a todas mis locuras? ¿Hay, acaso, un alma más pequeña e impotente que la mía? Y no obstante, fue precisamente ésta mi debilidad la que te movió siem-

pre, ¡oh, Señor!, a colmar mis pequeños deseos, y la que te mueve hoy a colmar otros deseos míos más grandes que el universo.

Como estos deseos constituían para mí durante la oración un verdadero martirio, abrí un día las Epístolas de San Pablo, a fin de hallar en ellas una respuesta. Mis ojos fueron a dar con los capítulos XII y XIII de la Epístola primera a los Corintios.

Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc., que la Iglesia está compuesta de diversos miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano.

La respuesta era clara, pero no colmaba mis deseos ni me devolvía la paz. Así como María Magdalena, inclinándose hacia abajo cerca del sepulcro vacío llegó por fin a encontrar lo que buscaba, así también abajándome yo hasta las profundidades de mi nada, logré elevarme tan alto que conseguí mi deseo.

Sin desanomarme, proseguí mi lectura, y hallé esta frase que me reconfortó: «Codicidat los carismas más perfectos. Y todavía os voy a mostrar un camino más excelente.» Y el Apóstol explica cómo todos los carismas, aun los más perfectos, nada son sin el Amor. Afirma que la caridad es el camino excelente que conduce con seguridad a Dios.

Por fin, había encontrado el descanso para mi alma. Considerando el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo; o mejor dicho, creía reconocerme en todos.

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto por diversos miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que sólo el amor era quien ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor se apagase, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que el amor abarca todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra, que el amor es eterno.

Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, mi amor! Por fin he encontrado mi vocación; mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, vos mismo me lo habéis señalado; en el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor. Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado.» (Cap. XI.)

La práctica de los ejercicios de San Ignacio, con sus conocidas «reglas para sentir con la Iglesia», es otro de los aspectos peculiares de la espiritualidad de Schola Cordis Iesu.

Cristianidad, como obra de los miembros de Schola, se alimenta de este espíritu y encauza su formación peculiar eclesial de maneras concretas: la familiaridad con el Magisterio de la Iglesia es, probablemente, la más importante de ellas. La lectura y relectura de los documentos pontificios es fuente de luz para los problemas actuales. El estudio de la Historia de la Iglesia y su perspectiva a la luz de la Teología y las promesas de Dios.

El estudio de los que la Iglesia propone como maestros y Doctores, especialmente Santo Tomás, como guía teológica y filosófica según las enseñanzas pontificias. La reproducción y selección de escritos de santos y pastores de la Iglesia. Y por último, el ponerse a los pies de María que, como Madre de la Iglesia, vela por todos los que pertenecen al Cuerpo Místico de su Hijo.



LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

JOSÉ M.^a ARTOLA GASTACA

Al igual que hace diez años en nuestras reuniones celebradas en San Sebastián, el tema central del magisterio del Padre Orlandis en Schola Cordis Iesu, TEOLOGIA DE LA HISTORIA, ha sido nuevamente recordado esta vez en la Casa de Ejercicios de las Esclavas de Cristo Rey de Burlada (Navarra).

En las Navidades de 1979 los miembros de Schola hemos insistido sobre las razones por las cuales pertenecemos al Apostolado de la Oración. Hemos profundizado y meditado sobre nuestra misión:

«La formación de socios y celadores del Apostolado de la Oración que, por medio de un conocimiento profundo del culto al Sagrado Corazón de Jesús y de su providencial adecuación a las necesidades del mundo moderno, se preparen para trabajar por la instauración de su Reinado en todos los órdenes de la vida humana.» (De los Estatutos.)

En este contexto no podía faltar un espacio de tiempo dedicado a la Teología de la Historia como fundamento de las esperanzas de la Iglesia. Así lo entendía el Padre Orlandis y así la repetimos:

«A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANIDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructurada, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un

ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo docete omnes gentes: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Formados, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en Schola Cordis Iesu, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición "Advenial Regnum tuum", es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida "El Reinado social de Jesucristo". Natural fue para que para ello acudieran a las obras del Padre Ramière. Este, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la Historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por San Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de Teología de la Historia.

Ahora bien, los miembros de Schola Cordis Iesu se aficieron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de CRISTIANDAD.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro si no el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incomprensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.» (CRISTIANDAD, 1 de abril de 1947.)

Al hilo de las palabras del P. Orlandis leeremos a continuación algunos párrafos de «Las Esperanzas de la Iglesia», del P. Ramière. Los textos escogidos quizá no sean los más profundos ni los más definitivos. Como sabéis, estas reuniones no tienen otro fin, aparte de ser lugar de oración y meditación espiritual de nuestro ideal, el de sugerir temas de estudio y lectura.

En el inicio del capítulo referido al Tercer fundamento de las esperanzas de la Iglesia, el padre Ramière resume las dos primeras partes de su obra con las siguientes palabras:

«La primera nos ha convencido de que Dios quería salvar la sociedad estableciendo en su seno el reino de Jesucristo por medio de la Iglesia. La glorificación del Verbo encarnado en el mundo, el triunfo de la Iglesia y la dicha de la humanidad, como hemos visto, están indisolublemente unidas en la mente del Todopoderoso; y, como no podemos dudar de que

Dios Padre quiere glorificar en el mundo al que ha enviado para ser el Salvador, tampoco podemos tener la menor duda que hará que la sociedad encuentre en El todos los elementos de su progreso y de su felicidad, con la sola condición de que la sociedad quiera aceptarlos de grado.

La segunda parte nos ha permitido dar un paso más. Nos hemos persuadido de que la sociedad quería esos elementos de felicidad que Jesucristo vino a traer al mundo. Desde hace tres siglos, todas sus actividades se encaminan a conseguirlos; si todavía no los posee, es porque hasta el presente se ha obstinado en buscarlos fuera de la Iglesia. Desde el día, pues, en que la experiencia la convenza de que únicamente la Iglesia se los puede procurar, la reconciliación quedará asegurada y la era de la gran paz se abrirá para el mundo.

Estos son, a nuestro parecer, fundamentos bastante sólidos de nuestras esperanzas; y, aun cuando no tuviéramos otros, podríamos aguardar el porvenir con confianza. Pero tenemos otros más firmes aún. No solamente el derecho nos asegura el hecho; no sólo el presente nos garantiza el porvenir; sino el mismo que saben leer en lo porvenir y en lo presente, el que da nombre a las cosas que todavía no existen y a las que existen ya, nos ha hablado y vamos a repetir ahora sus palabras.

Ante todas cosas, nos ha hablado con sus obras. Porque Dios tiene muchas maneras de predecir los acontecimientos futuros, y la historia del Antigo Testamento está llena de esos hechos proféticos que no son menos sorprendentes que las palabras más claras.

En segundo lugar, nos ha hablado por sus profetas a quienes descubrió lo que había de suceder en el correr de los siglos. Al ordenarles que nos comunicasen cuanto les había mostrado, pretendía que nos esforzásemos en comprenderlo y que nos consolásemos de la amargura de nuestras tribulaciones con las dulzuras de sus promesas.

En tercer lugar, nos ha hablado por sus santos, a los cuales, en la ley nueva, ha comunicado sus secretos con no menor familiaridad, que a los profetas de la ley antigua, sea que haya querido simplemente por su ministerio instruir y consolar a sus fieles, sea que les haya escogido para llevar a cabo una visión especial que debía servir a la realización

de sus designios misericordiosos sobre el mundo.

Tales son las diversas clases de promesas, cuya exposición ocupará esta tercera parte. Vamos a abordarla inmediatamente sin pararnos antes a demostrar que Dios tiene poder de conocer y revelar el porvenir. Hablamos a cristianos y a hombres razonables, y ninguno de ellos rehusará a Dios ese poder.»

De esta tercera parte de las «Esperanzas de la Iglesia» citaremos algunos párrafos referentes a las profecías de Isaías:

«Isaías va a presentar de nuevo a nuestros ojos la santa montaña de Sión, sobre la cual nos mostró David al Mesías entronizado Rey por Dios su Padre, y desde la cual nos le hizo contemplar promulgando al mundo sus divinas enseñanzas. No podemos desconocerla, dada la pintura que el profeta nos hace de ella, y es imposible que nos sorprendan los gloriosos destinos que el mismo le promete.

Muéstranosla apoyando su base sobre todas las montañas de la tierra, es decir, en lenguaje profético, dominando todas las grandezas y todos los poderes humanos humildemente sometidos a su autoridad. Preséntanos a las naciones todas, no en lucha con ella, ni sometiéndose con repugnancia a su supremacía, sino atraídas por ella por una pendiente tan suave como la que arrastra los ríos al mar. Entonces, nos dice, “correrán a él todas las gentes, y vendrán muchedumbres de pueblos, diciendo: Venid, subamos al monte de Yavé, a la casa del Dios de Jacob, y él nos enseñará sus caminos, y nosotros iremos por sus sendas.” Entonces, en efecto, añade el Profeta: “de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra de Yahvé. El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos”.¹³

Mas ¿cuáles serán los frutos de esa supremacía de la Iglesia y de esa universal sumisión de los pueblos? El Profeta nos lo va a decir: Entonces los hombres de “sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente, ni se ejercitarán en la guerra.¹⁴ Alegráronse el desierto y la tierra árida, se regocijará la soledad y florecerá como un narciso. Florecerá y exultará con júbilo y cantos de triunfo; le será dada la gloria del Líbano, la hermosura del

Carmelo y del Sarón. La tierra seca se convertirá en estanque, y el suelo árido en fuentes. Lo que fue morada y cubil de chacales, se cubrirá de cañas y juncos. No habrá allí leones, ni fiera alguna pondrá los pies allí.¹⁵ Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará. No habrá ya daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yahvé, como llenan las aguas el mar”.¹⁶

Tales son las promesas hechas a la Iglesia; tales son los beneficios que la tierra tiene el derecho de esperar de ella.

Mas no sólo Isaías nos ha manifestado, de la manera más clara que se podía desear, la admirable coincidencia entre el cumplimiento perfecto de las promesas hechas a Abrahán y la total realización de las promesas profetizadas a la Iglesia. El teólogo de la Ley Nueva, San Pablo, apoyando con su infalible autoridad la interpretación que acabamos de dar a las profecías de Isaías, nos descubre, en términos todavía más precisos, la reconciliación de la antigua y nueva Sión como la era de la resurrección y de la renovación del mundo. “No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio —para que no seáis prudentes a vuestros ojos—, que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel, hasta que la totalidad de las naciones haya entrado; y así todo Israel será salvo, según que está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, apartará de Jacob las impiedades”.¹⁹

Y como si el santo Apóstol quisiera refutar anticipadamente a los intérpretes que un día restringirían la extensión de las divinas promesas, muéstranos con un razonamiento a fortiori, cuán real será la plenitud de las naciones cuya entrada en la Iglesia debe coincidir con la vuelta de Israel. “Pues ya, nos dice, si su caída es riqueza del mundo, y su mengua riqueza de los gentiles, ¿cuánto más lo será su plenitud? Si su repudio es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino un retorno de muerte a vida?”²⁰ En efecto, añade el Apóstol, penetrando más en el fondo de este misterio de salvación, “no cabe en Dios arrepentimiento de sus dones y de su vocación”.²¹ Si permite que los hombres resistan, es para convertir la resistencia en un medio de glori-

ficar su misericordia, no para renunciar a los planes que se había formado sobre ellos. "Porque como vosotros (los gentiles) un tiempo fuisteis rebeldes a Dios, mas ahora habéis sido mirados con misericordia con ocasión de la rebeldía de ellos, así también ellos (los judíos) ahora fueron rebeldes con ocasión de la misericordia hecho a vosotros, para que también ellos ahora alcancen misericordia. Porque encerró Dios a todos igualmente dentro de la rebeldía para usar con todos su misericordia. ¡Oh profundidad de las riquezas y de la sabiduría y ciencia de Dios!"²²

No podemos, pues, tener la menor duda de ello: la época de la resurrección del mundo entero será la época de la resurrección del pueblo judío. Cuando ese Lázaro que Dios tanto amaba en otro tiempo y en cuya muerte derramó lágrimas tan amargas, hubiere obedecido por fin a la voz que le llame a salir de su tumba, también la sociedad humana volverá a encontrar una nueva vida.

Mas, ¿cuándo sucederá esa doble resurrección? Cuando la muerte hubiere acabado su obra; cuando la incredulidad del mundo como la de Israel hubiere producido todos sus frutos, cuando la amargura de esos frutos hubiese constreñido al uno y al otro a recurrir a la misericordia del Salvador.»

En Schola, el estudio de las profecías de Isaías, de la Historia, la Caída del Imperio Romano, el Liberalismo, las Revoluciones... no es sino un «rastrear divino» en el estudio de la Sagrada Escritura y de la Historia centrado en una visión «optimista» de los planes de Dios sobre la Iglesia y el mundo. Como diría el Padre Ramière refiriéndose a sus dos obras «El Apostolado de la Oración» y la «Esperanzas de la Iglesia»:

«Estas dos obras se completan mutuamente: una, indica el objetivo a que podemos aspirar; la otra, traza el camino que debe conducirnos a él; el segundo, dirige la acción; el primero, estimula nuestro valor. ¿Cuál de ambos resultados es de mayor utilidad práctica? No sabríamos decirlo. Sin duda, la oración es un gran deber, demasiado olvidado en nuestro siglo; pero la esperanza es un gran deber también, y dudamos que se cumpla mejor hoy de lo que se cumple el de la plegaria. Si ésta es el principio de todas las gracias, la esperanza es

el móvil de la plegaria misma. Un soldado sin esperanza es un soldado desalentado: mas entonces, ¿de qué servirán las armas, por poderosas que sean?»

Hoy, Juan Pablo II nos dice:

A FINALES DEL SEGUNDO MILENIO

EL REDENTOR DEL HOMBRE, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. A El se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea. En efecto, este tiempo en el que, después del amado predecesor Juan Pablo I, Dios me ha confiado por misterioso designio el servicio universal vinculado a la Cátedra de San Pablo en Roma, está ya muy cercano al año dos mil. Es difícil decir en estos momentos lo que ese año indicará en el cuadrante de la historia humana y cómo será para cada uno de los pueblos, naciones, países y continentes, por más que ya desde ahora se trate de prever algunos acontecimientos. Para la Iglesia, para el Pueblo de Dios que se ha extendido —aunque de manera desigual— hasta los más lejanos confines de la tierra, aquel año será el año de un gran Jubileo. Estamos acercándonos ya a tal fecha que —aun respetando todas las correlaciones debidas a la exactitud cronológica —nos hará recordar y renovar de manera particular la conciencia de la verdad-clave de la fe, expresada por San Juan al principio de su evangelio: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros¹», y en otro pasaje: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna².»

También nosotros estamos, en cierto modo, en el tiempo de un nuevo Adviento que es tiempo de espera: «Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo³...», por medio del Hijo-Verbo, que se hizo hombre y nació de la Virgen María.

Resuenan como un eco las palabras dichas por El: «Sin mí nada podéis hacer²⁰¹.» No sólo sentimos la necesidad, sino también un imperativo categórico por una grande, intensa, creciente oración de toda la Iglesia. Solamente

la oración puede lograr que todos estos grandes cometidos y dificultades que se suceden no se conviertan en fuentes de crisis, sino en ocasión y como fundamento de conquistas cada vez más maduras en el camino del Pueblo de Dios hacia la Tierra Prometida, en esta etapa de la historia que se está acercando al final del segundo milenio. Por tanto, al terminar esta meditación con una calurosa y humilde invitación a la oración, deseo que se persevere en ella unidos con María, Madre de Jesús²⁰², al igual que perseveraban los Apóstoles y los discípulos del Señor, después de la Ascensión, en el cenáculo de Jerusalén²⁰³. Suplico sobre todo a María, la celestial Madre de la Iglesia, que se digne, en esta oración del nuevo Adviento de la humanidad, perseverar con nosotros que formamos la Iglesia, es decir, el Cuerpo Místico de su Hijo unigénito. Espero que, gracias a esta oración, podamos recibir el Espíritu Santo que desciende sobre nosotros²⁰⁴ y convertirnos de este modo en testigos de Cristo «hasta los últimos confines de la tierra²⁰⁵», como aquellos que salieron del cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostés.

(De la encíclica «Redemptor Hominis»)

Los que cariñosamente llamamos «abuelos» de Schola sin duda recordarán aquellas palabras dichas por el P. Orlandis el 25 de octubre de 1942 (Fiesta de Cristo Rey):

«Vamos a tratar de dar un paso adelante en una cuestión no de forma sino de fondo. Hace varios años que venimos reuniéndonos y hemos llegado ya a establecer conclusiones, ciertas unas y otras de mayor o menor grado de probabilidad. Así, tenemos por cierto que Jesucristo centra en la devoción al Corazón de Jesús el remedio social del mundo actual y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado Social de Jesucristo; verdades, por otra parte, que pocas personas hallaríamos que las comprendieran con la evidencia que se nos presenta a nosotros. Pues bien, Dios no hace nara porque si no nos da esta luz para satisfacer nuestra curiosidad, sino para que nuestra actuación sea en consecuencia.»

Sirvan las anteriores líneas para animación de nuestra esperanza y sugerencia de estudio a las futuras Secciones de Schola Cordis Iesu. Los textos citados, tantas veces leídos en Schola, no son sino una primera aproximación al tema central del magisterio del Padre Orlandis.

Recordaréis, amigos de Schola, como hace diez años mucho nos alegró aquella oración que recientemente había sido introducida en la liturgia de la Misa; con ella terminaremos:

Anunciamos tu muerte,
proclamamos tu resurrección.
VEN, SEÑOR JESUS.



SCHOLA CORDIS IESU Y LA REVISTA «CRISTIANDAD»

J. M. PETIT SULLÁ

El canadiense P. Gerardo Tremblay, S. I., escribía en 1947 para nuestra revista unas líneas específicamente dedicadas a constatar la impresión que le produjo el trato con el equipo de redactores de la revista CRISTIANDAD y la obra que realizaban. Sus palabras cobran el carácter de una definición: «El apostolado de la oración engendra necesariamente la acción. CRISTIANDAD es testimonio de ello. El *Apostolado de la Oración* está orgulloso de haber suscitado tal movimiento.»

Queda así sintéticamente definido el marco en que se inscribe nuestra revista así como el motor que le da razón de ser y vitalidad. Los nuevos socios que se han ido incorporando a SCHOLA CORDIS IESU lo siguen entendiendo así: CRISTIANDAD es un fruto del Apostolado, que pregona —con su peculiar método de estudio y reflexión sobre las realidades contemporáneas— el ideal que da vida a esta institución eclesial y universal que es el Apostolado de la Oración. De tal manera CRISTIANDAD es un genuino fruto del Apostolado que de él se alimentan los propios socios de SCHOLA de manera especial, hasta el punto que la elaboración, difusión y lectura de la revista CRISTIANDAD es algo esencial a SCHOLA CORDIS IESU.

Para entender la relación entre SCHOLA CORDIS IESU y CRISTIANDAD no hay más que atender a la obra completa del P. Ramière. El Apostolado de la Oración no sólo promueve la prioridad de la oración en el orden apostólico sino que anuncia toda la virtualidad del ideal cristiano a un mundo que rehuye lo sobrenatural pero que también se desespera en el estrepitoso fracaso del orgullo humano y de sus nefastos frutos.

A más de cien años de la obra del insigne jesuita podemos seguir pensando que CRISTIANDAD es la revista que el P. Ramière había soñado. La Providencia, que señala los caminos y los tiempos, nos hace sentir hoy esta responsabilidad. Síntomas de esta vocación son, en primer lugar los ánimos, las bendiciones, y las llamadas a nuestra propia fidelidad que CRISTIANDAD ha recibido de preclaros Pastores de la Iglesia, así como la universalidad de nuestra revista, revista barcelonesa, abierta a una variedad de firmas que trascienden siempre su equipo de redacción y, finalmente, la perseverancia durante todos estos años de nuestro lema: AL REINO DE CRISTO, POR LA DEVOCION A LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA.

Con motivo de ofrecer a nuestros lectores, en este número, el proyecto de Estatutos de SCHOLA CORDIS IESU como Sección Nacional del Apostolado de la Oración hemos recogido un apretado resumen de algunos textos que definen el ideal de nuestra revista y sus relaciones con SCHOLA CORDIS IESU y el Apostolado de la Oración.

ORIGEN DE LA REVISTA

Fiel a las consignas del Apostolado de la Oración del cual es fruto, CRISTIANDAD quiere responder a la intención fundamental del Soberano Pontífice, la que él mismo ha fijado a la Acción Católica: Recristalizar el mundo, devolverlo transformado al Corazón de Jesús.

El apostolado de la oración engendra necesariamente la acción. CRISTIANDAD es testimonio de ello. El *Apostolado de la Oración* está orgulloso de haber suscitado tal movimiento.

Este ideal, soñado por el P. Ramière, pueden realizarlo los inspiradores de Cristiandad si son apoyados por los cristianos de todos los países. Precisa que sean comprendidos, que se les traduzca, que sean leídos. Es preciso también que de todas partes se colabore en la redacción de la revista (1).

Los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el P. Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el P. Ramière, pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias solía yo contestar: Mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como un batería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incomprensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial, y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios (2).

SU TEMATICA

CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º En una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º En una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Naturalismo y Liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el Liberalismo, la proclamación de la Soberanía Social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad (3).

Nuestra revista se fundó con el propósito de ocuparnos preferentemente de una zona temática en la que nos exponíamos a ser acusados de «beatos» por los políticos y de «políticos» por los beatos: la Teología de la Historia; la necesidad de la gracia para la ordenación de la sociedad temporal; el deber de una actuación temporal consecuente para la plena fidelidad a la gracia; el concreto despliegue histórico de la Ciudad de Dios; la vocación cristiana de los pueblos...

Más que nunca nuestra tarea de seculares entregados a la tarea de la instauración del Reino de Cristo ha sido puesta en luz por el Concilio Vaticano II, en una línea en la que, por deber de gratitud a Dios, hemos de reconocer que nos preparaba ya la formación recibida de nuestro Padre Orlandis.

Más que nunca hemos de ser, por lo mismo, una revista vertida sobre la problemática histórica y social que esté a nuestro alcance abarcar. Sobre estos temas tenemos un estilo y un sistema de opiniones que deberemos ir aportando al diálogo entre los cristianos de nuestro tiempo en el contexto del mensaje conciliar.

La presencia de la Iglesia en el mundo moderno y la marcha a la gran unidad que parecen anunciar los signos de los tiempos son ideales que nos mueven desde los más íntimo. Quien estudie atentamente la grandiosa obra unitaria que es la revista comprenderá la verdad de lo que afirmamos (4).

SU PECULIARIDAD

Si hemos de ser sinceros, tendremos que reconocer, y precisamente para nuestra mayor confusión y reconocimiento, que esta Revista es una «Revista misteriosa dentro de la misteriosa ciudad».

Ante los tiempos duros que se avecinan: ¡Qué responsabilidad la de negligir esta arma que es CRISTIANDAD, la Revista que el P. Ramière soñó, que tanto hubiera querido tener para sí!

No hay otra más pobre si se atiende a los que formamos su redacción. Pero en cambio no hay otra cuyo contenido —en aquello que, como misterioso maná, es caído del cielo— sea más rico.

CRISTIANDAD por tanto debe ser la revista de la Esperanza humilde y la Humildad esperanzada. Que confía en aquella suprema promesa: «Reinaré, a pesar de mis enemigos». Y cuyo lema es éste: VENGA A NOS EL TU REINO (5).

La peculiaridad de la revista CRISTIANDAD que en cada número expone un tema, siempre tratado con competencia y a veces agotado, es de resultados magníficos en el lector serio que busca la verdad.

La revista no debe descender de este nivel, aunque sea a precio de renunciar a éxitos fáciles.

Ni cederá un punto en su ortodoxia.

Hoy más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confusionismo y rebeldías de la hora presente (6).

Impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad sigue siendo una tarea irrenunciable de todo el que ama a la Iglesia. Ello no se opone en nada —acaba de decir Paulo VI— a la legítima autonomía de lo temporal, sino que por el contrario responde fielmente al concepto de la Iglesia y del mundo que el Concilio Vaticano II ha proclamado con tanta autoridad... CRISTIANDAD debe seguir adelante en su camino de servicio a un ideal perenne: el de que Cristo, por voluntad del Padre que para eso le envió al mundo, es la Verdad suprema de la historia (7).

NOTAS

(1) P. Gerardo Tremblay, Director del A. de la O., 1947.

(2) P. Ramón Orlandis, S. I., 1947.

(3) Del número specimen de CRISTIANDAD «El por qué de esta revista», diciembre, 1943.

(4) Francisco Canals, 1969, en el número extraordinario a los 25 años de CRISTIANDAD.

(5) Luis Creus Vidal, abril, 1964.

(6) Rvdmo. Sr. Dr. D. Gregorio Modrego, Obispo de Barcelona, 1947.

(6) Rvdmo. Sr. Dr. D. Gregorio Modrego, Obispo de Barcelona, 1947.

(7) Rvdmo. Sr. Dr. D. Marcelo González, Arzobispo de Barcelona, 1967.

SCHOLA CORDIS IESU Y LA EDUCACION

PAU LÓPEZ CASTELLOTE

Me han pedido que escriba un artículo sobre el tema que encabeza estas letras. Viene a ser lo mismo que si me hubieran pedido que explicase mi paso por Schola en los años 40 y 50, mi período de formación. Porque yo no puedo pensar en Schola sin pensar en mi educación, ni puedo pensar en la educación sin que el pensamiento se me vaya a Schola, y a quien fue su fundador y alma, el P. Ramón Orlandis.

Muchas veces, y refiriéndome al P. Orlandis, he puesto como ejemplo de paternidad personal y no biológica su actuación para conmigo. Porque si ser padre significa haber dado la vida, no hay duda de que lo más noble que hay en mi vida se lo debo al P. Orlandis, quien con una pedagogía originalísima, hizo del pobre aprendiz que entró en las oficinas del Apostolado de la Oración para hacer recados, una persona capaz de dirigir un centro de enseñanza.

Quiero decir enseguida que, a pesar de que en estos momentos soy relativamente conocido como profesional de la educación, nunca me ha gustado —y pienso que eso es una impronta del P. Orlandis— que me llamen «pedagogo», ya que no me siento en absoluto un «entendido» en el campo de la pedagogía científica —que eso es lo que se suele designar con el nombre de «pedagogo»—, sino que gozo sintiéndome un aprendiz de educador, una persona que disfruta y se mueve a reverencia ante las incontables riquezas con que Dios ha dotado a la persona humana.

Cuando yo llegué a Schola tenía 14 años y había trabajado ya en un taller de ferretería y en

una tienda de ropas como dependiente. Por la noche iba a la Academia Condal, gracias a la bondad del señor Guillamet, su director, que me permitía seguir gratuitamente los estudios de comercio. Antes de eso había estado en la Escolanía de los Jesuitas con el Hermano Moré y con el Hermano Huguet —a los que les debo la base de cultura que me permitió entrar en Schola—. Antes, todavía, había hecho cuarenta mil cosas para poder comer —labrador, vaquero, buscador de caracoles, mendicante...—, todo después de haber estado un año perdido por Francia, después de haber estado en un campo de concentración de refugiados, después de haber perdido a mi padre, después de caer enferma mi madre...

En fin, la criatura que llegó en 1944 a los locales del Apostolado de la Oración era una criatura bastante baqueteada por las circunstancias, ilusionada por ayudar a su madre con su trabajo, con una vida de piedad bastante sólida que había comenzado poco antes durante su estancia en la escolanía de Caspe, con una base bastante buena de aritmética y de gramática, fruto de las clases del Hermano Huguet y del señor Garrido en la escolanía, y con un mundo cultural pobre (hacía poco que había oído por primera vez un órgano, y todavía se quedaba maravillado ante el canto polifónico).

Al entrar en Schola nadie me hizo ningún test, ni fui sometido a ningún estudio psicológico. El P. Orlandis me recibió, me explicó mis obligaciones —podía estudiar los ratos que no tuviera nada que hacer— y me encomendó al señor Bernadá para que me instruyera en lo referente a hacer paquetes, ponerles sellos, ir a Correos, etc., etc.

De vez en cuando —como le vi hacer todo el tiempo que yo le conocí— salía el P. Orlandis de su cuarto y daba una vuelta por los locales, vuelta que aprovechaba para hablar con quien se encontrase. A veces la persona con quien se encontraba era mi humilde persona.

Un día, en una de estas salidas, me dijo: «Tú deberías estudiar el bachillerato.» He de decir que poco antes había entrado en Schola otro muchacho —mi amigo Francisco Chic, también director de un centro de enseñanza en este momento— que tenía los dos primeros cursos de bachillerato. Fue el comienzo de una nueva aventura en mi vida, aunque de signo bastante diferente de las anteriores. Me indicó que me fuera a matricular inmediatamente de Ingreso y que para el año siguiente debería preparar los tres primeros cursos.

Yo —que siempre he sido más bien dócil— me fié del P. Orlandis, y me sentí más que obligado a rendir al máximo: no podía defraudar la confianza puesta en mí. Estudié como un negro festivos y no festivos, tiempo laborable y vacaciones. El P. Orlandis se puso a mi disposición. Con una exigencia que nunca agradeceré bastante, me dio clases de latín, de griego, de filosofía, me hizo hacer trabajos de historia en los que había de usar lenguas que iba aprendiendo. En lo que él no me podía ayudar, me empujaba para que pidiese ayuda a quien me la pudiese dar. Esto me obligó a espabilarme. Iba al Instituto Milá y Fontanals, en donde estaba de catedrático Jaume Bofill, y como oyente seguía las clases que podía de Matemáticas, de Física y Química, de dibujo, de Ciencias... En la misma Schola también encontré ayuda en un joven recién licenciado en Química, el señor Claret, que hace dos años tuve el gozo de reconocer en una conferencia que di en el Colegio «El Casal dels Angels» de l'Hospitalet, en donde está ahora de profesor. Los domingos me tenía preparada el P. Orlandis alguna obra de literatura clásica para leer. Así llegué a conocer bastantes autores de la Biblioteca Rivadeneyra.

De esta forma me hizo hacer los siete años de bachillerato en tres. En cinco de ellos saqué matrícula de honor de promedio y notable en el Examen de Estado. Al acabar, me planteé —con la primariedad de un novato en la cultura —mi futuro. Yo había sacado sobresaliente de Matemáticas

en todos los cursos. Por eso —ayudado por los consejos de otras personas que habían visto mi rendimiento— me bailaba por la cabeza hacerme ingeniero, que en aquellos tiempos —y para un pobre crío como yo— era lo equivalente de riqueza, importancia social, poder.

El P. Orlandis me hizo reflexionar: «Si Dios te ha ayudado a salir de donde estabas, ¿crees tú que todo se ha de acabar con situarte bien? ¿No ha de revertir a los demás lo mucho que Dios te ha dado?» Me di cuenta de que tenía razón y sobre esta disponibilidad mía cayeron como lluvia suave las palabras del Evangelio, repetidas por el Padre Orlandis con una oportunidad que mi adolescencia sorbió con pasión: «Buscad el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura.» Decidí —con gran escándalo de algunos religiosos que me conocían— estudiar Filosofía y Letras.

No pueden figurarse los lectores con qué ilusión fui a la Universidad. Habiendo conocido la cultura a través del P. Orlandis, yo me imaginaba que en la Universidad encontraría personas que me abrirían los horizontes del conocimiento del mundo y de la vida. Yo fui a la Universidad pensando encontrar grandes ideas, grandes síntesis, profundos pensamientos. No encontré nada de todo eso. Al cabo de poco ya estaba asqueado.

Pero, gracias a Dios, continuaba en Schola. Schola era mi base de operaciones. El P. Orlandis, con su intuición genial —que no tiene nada que ver con los cálculos pedagógicos tan a la moda en el presente— me metió hasta el cuello en una cultura plena y plenamente vivida desde la fe. ¡Cómo me hizo disfrutar en el trabajo!

El, que me había introducido en el latín haciéndome aprender de memoria la Encíclica «Ubi arcano», y a los pocos meses me había hecho traducir el «Somnium Scipionis», y que me había metido en el griego haciéndome aprender de memoria los primeros capítulos de San Lucas y unos buenos trozos del Edipo Rey, me abrió —ya en la carrera— las puertas de la Patrología Latina y Griega, que consulté en numerosísimos trabajos que me hizo hacer. La Historia de los Concilios de Mansi, el Recueil des historiens des Gaules, el Monumenta Germaniae Historica, junto con los 25.000 volúmenes de la biblioteca de Schola, que me llegué a conocer bastante bien porque me hizo

ayudante del bibliotecario, el señor Hernanz, me fueron dando una familiaridad con la cultura que me permitió seguir con mucho provecho las conferencias que el mismo P. Orlandis daba los lunes en la biblioteca de Schola.

La pedagogía del P. Orlandis era la pedagogía del entusiasmo por lo noble, identificada con el entusiasmo por el Reino de Dios. ¿Se figuran ustedes lo que podía significar para un muchacho que cinco años antes estaba vendiendo ropa en una tienda asistir a unas clases en latín junto a personas como Jaume Bofill y Francisco Canals sobre el tema «De Trinitate»?

En la Universidad tuve de profesor de religión al canónico Dr. Solá. Recuerdo la cara de estupefacción que puso cuando le dije que había leído el «De Trinitate» y el «De Ecclesia» de Billot. Me consta que en el seminario se refirió a un muchacho del distrito quinto —yo vivía en la calle Carretas— que había leído tales libros.

Pero, ¡asómbrense!, un buen día el P. Orlandis —al que tantas veces había oído hablar de Teología de la Historia— tuvo la ocurrencia de enseñarme hebreo. Era muy distinto leer la Sagrada Escritura en su lengua original. Me hizo aprender de memoria fragmentos del Génesis, que todavía recuerdo, y sobre todo me pidió que le ayudara en la traducción de Isaías que estaba haciendo. ¡Qué disparates para los dómynes de la pedagogía! Pero a mí aquello me entusiasmaba. Me entusiasmaba por la confianza que depositaba en mí, y me entusiasmaba también porque —según mi capacidad— me metía en el núcleo de las cosas, yendo a las fuentes más allá de los puros manuales.

Yo viví siempre tensionado —noblemente tensionado— al lado del P. Orlandis. El año que yo entré en Schola fue el año de la aparición de CRISTIANDAD. Yo contribuí a su aparición distribuyendo por las casas el número de prueba. Pero llegó un momento en que el P. Orlandis me invitó a escribir en ella. Después de haberla leído mucho porque corregía sus galeradas, pude ser

también colaborador. Para un muchacho con mi historia, aquello de ver impreso un escrito propio era el *summum*.

Pero fíjense qué *summum*. En toda esta línea que yo había ido siguiendo guiado por la mano segura del P. Orlandis —mientras tanto había leído «Las Esperanzas de la Iglesia» y «La divinización del cristiano» del P. Ramière— siempre fui encontrando el premio a mi trabajo a un nivel puramente espiritual y sobrenatural. Y no aspiraba a más. A pesar de que en otros aspectos no tenía nada.

Quizás a algún lector esto le parezca una tontería, pero yo, al cabo de muchos años, y desde mi experiencia de educador, veo que ese espíritu contemplativo en el sentido más noble de la palabra es lo que más falta en nuestra educación contemporánea. Y dos gracias a Dios de que el P. Orlandis me lo hiciera descubrir, porque pienso que ese descubrimiento mío ha sido motivo de una ayuda seria para muchos alumnos que han pasado por mis manos.

La materia de este artículo podría muy bien llenar un libro. Pero con lo que llevo dicho podrán darse cuenta los lectores de que hablar de Schola es, necesariamente, hablar de educación, y de educación cristiana en el sentido más profundo de la expresión.

Yo les aseguro que nunca en mi vida he podido separar la cultura y la fe. Aquel «buscad el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura» que el P. Orlandis sembró en mi vida con el abono de una cultura seriamente trabajada, me ha señalado siempre el Norte.

Como yo, pasaron otros muchachos por Schola. A algunos comencé a ayudarlos yo mismo. No sé si todos aprovecharon lo que les venía a las manos. Es el misterio de la vida humana. Pero, en todo caso, estoy seguro de que el paso por Schola les ha dejado muchos elementos positivos de los que, como en la parábola de los talentos, cada cual habrá de responder.

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO Y LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON

JUAN MANUEL IGARTUA, S.J.

Los ejercicios espirituales de San Ignacio fueron escritos en Manresa, como fruto de las hondas meditaciones y elevaciones de espíritu de Ignacio de Loyola en el año 1522, a los treinta años de edad. Aunque luego el librito de oro fue retocado, su muerte acaeció en 1556. El texto que se conserva en una de los ejemplares de la llamada «Versio prima» del año 1534 lleva el título de mano de San Ignacio «Todos exercitios breviter en latín» y sirvió para difundir los ejercicios o darlos en ambientes internacionales (París, p. e.). Luego se hizo la versión llamada «Vulgata», traducción con elegancia presentada a la aprobación de Paulo III en 1548, traducción hecha por el P. Frusio. Damos estos datos para indicar que, en todo caso, los Ejercicios escritos de San Ignacio, después intactos de correcciones, son de la mitad primera del siglo XVI, y preceden por lo mismo en algo más de un siglo a las revelaciones de Paray-le-Monial, donde había de irradiar un nuevo esplendor para la devoción del Sagrado Corazón, por obra de Santa Margarita y de su director jesuita el Beato Claudio de la Colombière. Es pues imposible que San Ignacio de Loyola nos presente la devoción, como la Iglesia la ha acogido, en su aspecto formal denominativo: devoción al Sagrado Corazón, y menos aún, Culto al Sagrado Corazón.

Sabemos, sin embargo, y la *Haurietis Aquas* de Pío XII lo ha hecho ver claramente, que esta devoción no brotó de repente, sino que tiene una larga apoyatura de descubrimiento y veneración a ese Corazón, herido en el Calvario, y que partiendo del evangelio de Juan pasa por los santos, desde la certeza moral de que la Virgen María comprendió el misterio hasta los grandes místicos como San Buenaventura, Santa Gertrudis o San Francisco de Sales, todos los cuales preceden a San Juan Eudes y Santa Margarita en el tiempo y adoran el misterio, siguiendo el movimiento de la mano de Santo Tomás apóstol hacia el costado abierto del Señor resucitado (HAAAS, 1956, 338-339).

En este artículo, por lo mismo, no vamos a señalar en los ejercicios textos que hablan del Sagrado Corazón formalmente. Tampoco tomaremos la otra dirección que puede tomarse en el caso, de hacer ver la profunda aptitud de los ejercicios en sí mismos para conducir a la devoción dicha, de modo general, como líneas maestras de una espiritualidad católica y cristocéntrica, que penetran el misterio del Cristo evangélico, en imitación de humildad y generosidad, tras una satisfacción de los pecados. Todo ello es verdad. Pero nos vamos a limitar a indicar en el trabajo brevemente unos cuantos puntos en los que puede encontrarse un apoyo para que apunten con seguridad ramas que obtengan este fruto deseado. (Puede verse un breve artículo de esta otra dirección que dejamos, en *Reino de Cristo*, n. 125, abril 1971, p. 22-24, debido al P. Sopeña, S. J., misionero en Japón).

Oración Anima Christi

Esta célebre oración no fue compuesta por San Ignacio de Loyola. Existía ya, al menos desde el siglo XIV. En el Real Alcázar de Sevilla en una galería del Patio de las Doncellas, está inscrita alrededor del arco, en un lenguaje del año 1364. Pero San Ignacio lo que hizo fue tomarla de libros de devociones o de Horas, porque expresaba muy bien sus propios sentimientos. Recomienda que se utilice en los triples coloquios, cuando se habla con Cristo. Aunque él no la copió al parecer en su libro de ejercicios —sin duda por muy conocida— pronto comenzó a ser propuesta íntegra al frente del libro. Es muy apropiada para expresar la devoción íntima a Cristo, y en especial en la Eucaristía. En un códice de fines del siglo XV, en la Real Academia de Historia de Madrid, se dice al ponerla en latín y romance: «Desde que fuere alzado el Cuerpo de Dios, finca los hinojos y di esta oración.»

Pero queremos señalar que en las versiones anteriores a San Ignacio de la oración no suele aparecer la invocación: «Dentro de tus llagas escóndeme.» Tendríamos así —y en todo caso, tenemos— una señal de la profunda veneración del santo a las llagas del Señor. En la oración, además, hay que unirla a las invocaciones: «Sangre de Cristo, embriégame. Agua del costado de Cris-

to, lávame. Pasión de Cristo, confórtame.» Es pues una oración muy oportuna, dentro del más íntimo espíritu de los ejercicios y sus coloquios, para introducir al ejercitante en el secreto del Corazón de Jesús, llaga principal de la que brotó la sangre y el agua, que nos embriagan y nos lavan, y nos confortan, con la Pasión. (Puede verse «Monumenta Historica», S. I. Exercitia, p. 222).

1.ª SEMANA: MEDITACIÓN DEL PECADO

Dejo de lado el profundo alcance que se podría dar a la proposición del Principio y Fundamento, si quisiésemos considerar que si «el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir» a Dios, podríamos flexionar este Principio para considerar que «el Hombre Cristo es criado (en su naturaleza humana) para que todos alabemos, hagamos reverencia y sirvamos» a Dios. Esto nos llevaría directamente a lo profundo del misterio de Cristo, y quizás puede hacerse mejor, como en lugar apropiado, en una repetición del Rey eternal.

En la primera meditación del triple pecado (ángeles, Adán, condenado por un pecado) la meditación se cierra con un hermoso y célebre coloquio con Cristo Crucificado. ¿Qué podemos observar sobre este coloquio, punto culminante de la meditación, y una de las claves de los ejercicios, que nos introduce ya desde el principio en el misterio Redentor y la persona de Cristo? Está Cristo en cruz. El coloquio lo propone pendiente y muerto. «De Criador ha venido a hacerse hombre, y de vida eterna muerte temporal.» Y esta muerte que contemplamos en El es «por nuestros pecados». Cuando el ejercitante pues discurre ante Cristo crucificado «viéndole tal, así colgado en

la cruz», y por lo dicho ya muerto, esta proposición de Cristo ante los ojos de su alma, para buscar la generosidad de una primera entrega de amor, puede hacerse o con Cristo muerto y todavía antes de la lanzada, en el mismo momento de morir, o mejor, porque se obtiene mejor el fin buscado, con el pecho ya abierto por la lanza del soldado.

Es evidente que en un coloquio ante tal imagen de Cristo crucificado y con el costado y Corazón abierto, es fácil inducir al ejercitante a que considere este gran amor que le llevó primero «a morir por nuestros pecados», y luego a darnos toda su sangre en el último acto de amor sellado sobre su cuerpo. Muy fácilmente, entonces, el ejercitante, puesto ante tal representación explicada, penetrará hacia este misterio y responderá a su exigencia de amor en la triple pregunta, que termina con: «¿Qué debo yo hacer por Cristo?, una vez que El ha hecho esto por mí. Es el amor la respuesta, y en el amor otras muchas decisiones personales, integradas en la mirada a la abertura del Corazón de Cristo. Tanto más cuanto que a continuación dice el libro cómo se hace un coloquio, y en la forma propone en primer término «como un amigo habla a otro».

2.ª SEMANA: MEDITACIÓN DEL REY ETERNAL

Esta célebre meditación, que puede ser llamada el fundamento de todo el resto de los ejercicios, en sus semanas, 2.ª, 3.ª y 4.ª, nos propone de manera admirable el llamamiento de Cristo Jesús y la magnitud de su empresa. ¿Cuál es ésta? «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre.» Es una empresa de tono conquistador y eclesial. Se dice esto porque la clave de inteligencia de estas palabras hace una trasposi-

ción de todos los ejercicios. No se puede decir que se trata de la vida mortal de Jesús, y su subida al Padre en la Ascensión. Todavía no ha conquistado «todos los enemigos». Al contrario, es para conquistarlos para lo que está «sentado a la derecha del Padre», el cual le dice: «Siéntate a mi derecha hasta que ponga tus enemigos por escabel de tus pies.» Es la conquista eclesial del mundo por la fe y por el amor. Y la entrada al Padre final es la de la Parusía. Por eso puede ofre-

cerse al ejercitante la participación en la empresa, cosa que no podría hacerse si se tratase de la vida mortal de Jesús, ya terminada.

¿Qué haría falta aquí para injertar la rama del Corazón de Jesús y su devoción? Solamente tener en cuenta esto, y hacer entender que en las palabras del Señor ignacianas «conquistar todos los enemigos» se trata de una conquista de amor. Es en verdad la conquista propuesta por el Señor en Paray, cuando dice a la Santa: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, que no puede ya contener las llamas de su caridad ardiente, y le es preciso manifestarse para enriquecerlos con sus tesoros» (Autob. IV). Y en la gran Revelación del 16 de junio de 1675: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres...» Y con más eficacia y fuerza, por venir de la autoridad de la Iglesia misma la declaración, y nada menos que repetida por tres Pontífices en encíclica suyas (León XIII, Pío XI y Pío XII), tener en cuenta la ilustre declaración sobre el valor eclesial del Corazón de Jesús para la salvación de los hombres:

«Ved ante vuestros ojos un nuevo emblema consolador y divino: el Sacratísimo Corazón de Jesús, que brilla entre llamas con maravilloso fulgor. En El debemos todos depositar nuestra confianza. A El debemos pedir y esperar la salvación del género humano» (Enc. *Haur. Aq.* AAS, 1956, 361; cf. *Annum Sacrum y Miserentissimus Redemptor*).

Si toda la confianza para salvar al género humano, que es la empresa del Rey eternal, a la que nos llama en la gran meditación, se ha de poner en ese Corazón que brilla como un signo celeste, no podremos responder bien a la llamada si no entendemos este gran misterio de Dios.

Contemplación de la Encarnación

En esta contemplación, que abre la larga serie total de los ejercicios, de las meditaciones sobre la vida que Jesús hasta su Ascensión, tenemos en el libro ignaciano, dos escenas contrapuestas: en el cielo la Trinidad, abajo el mundo. La Trinidad contempla el mundo pecador, la «massa damnata» agustiniana, y decide por amor salvarla. Y San Ignacio le hace pronunciar estas

admirables palabras, eco de las de la creación del hombre en el Génesis: «*Hagamos redención del género humano...*» Ante tales palabras, que abren la inmensa perspectiva del misterio Redentor del Calvario, fin de la Encarnación, vienen a la memoria las célebres palabras de Santa Margarita María hablando del Sagrado Corazón: «El gran deseo que tiene Nuestro Señor de que su Sagrado Corazón sea honrado con particulares homenajes, *es con el fin de renovar en las almas los efectos de su Redención*, haciendo que su Sagrado Corazón sea como un segundo Mediador entre Dios y los hombres». (Carta XLIX, a la H. des Esclaves).

Si por su Corazón renueva los efectos de su Redención, si para esto ha descubierto este misterio (y obviamente es así, pues es la manifestación patente del Amor que nos redime en la Cruz), y si se le puede llamar «segundo Mediador», que es el mismo Jesucristo, único Mediador (1 Tim. 2,5), se debe llamar a esta devoción y culto por su finalidad, como una «segunda Redención», porque derrama los beneficios de la primera y única. Y entonces podemos poner a la Trinidad hoy en el cielo diciendo primero: «Hagamos Redención», y repitiendo: «Hagamos nuevamente una manifestación de la Redención en el Corazón de Cristo.»

También la petición de la meditación, que será la densa y conocida petición de todas las meditaciones de la vida de Cristo mortal antes de la Pasión dolorosa, tiene un sentido profundo de adaptación a la devoción al Corazón de Jesús. La petición es ésta: «*Demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.*» Nos centra esta petición en una notable identificación con Cristo mismo, penetrando por el don de inteligencia y el de sabiduría en el misterio de Cristo. Al ser la petición de toda la segunda semana en la contemplaciones de la vida de Cristo (infancia y vida pública) se puede pensar que contiene una de las más directas entradas al fin de los mismos ejercicios, que es llegar a hacernos nuevos Cristos. Ahora bien, de manera sorprendente, la declaración de las inmensas ventajas espirituales de la devoción al Corazón de Jesús, y por ende de su valor espiritual decisivo, según la mente de la Iglesia, tiene en boca de Pío X, una perfecta concordancia con esta petición ignaciana. He aquí el paralelo:

Devoción al Corazón de Jesús. «En esa forma de piedad, de la devoción al Corazón de Jesús, se contiene la síntesis de toda la religión, y aun la norma de vida más perfecta, puesto que conduce las almas con más facilidad a un conocimiento profundo de Cristo Señor nuestro, y con mayor eficacia las mueve a amarle más apasionadamente, y a imitarle más de cerca.»

Petición ignaciana

Conocimiento inno de Cristo

para que más le ame

y le siga.

(Enc. *Miserent. Redemptor*, y *Haurietis Aquas*, AAS, 1956, 313-14).

Es pues la devoción al Corazón de Jesús vivida por el cristiano con intensidad el mejor modo de realizar en sí mismo la petición que hace el ejercitante en la segunda semana, que es una de las claves de los ejercicios.

Omitimos el referirnos a la importancia que se puede dar a la devoción al Corazón de Jesús en la meditación de Dos banderas, donde se ha de proponer el programa del Señor, especialmente fundado en amor de la pobreza y la humildad, que corresponden exactamente a la proposición de Cristo mismo y su Corazón como Maestro de humildad y mansedumbre (ya sea como Maestro con esas cualidades, ya sea como lección también que hay que aprender de El):

«Aprended de Mi, que soy manso y humilde de Corazón...» (Mt. 11,29).

3.^a SEMANA: LA EUCARISTÍA EN LA CENA

San Ignacio, con una de sus grandes aciertos, propone ya la meditación de la Cena y la Eucaristía en el comienzo y como pórtico de la tercera semana de Pasión, con las indicaciones desde aquí de los sentimientos y peticiones apropiados para la semana dolorosa. La Cena forma parte de los misterios dolorosos del Señor, a la vez que, desde luego, la Eucaristía en su misterio formará parte de los misterios gloriosos.

En el misterio de la Cena, considera San Ignacio, según dicen los misterios de la vida de Cristo de los ejercicios, en sus breves puntos sumarios, que Cristo «instituyó el sacratísimo sacrificio de la eucaristía, en grandísima señal de amor». Da pues al misterio eucarístico su plena dimensión de misterio del Amor de Dios, y así hace enteramente plausible que en este punto se considere la fuente-símbolo o signo de ese amor, que es el Corazón de Jesús. Por esto mismo, sin duda, tiene la Eucaristía tan estrecha relación con la devoción al Corazón de Jesús.

De modo particular señalaremos que en esta primera meditación de la tercera semana propone San Ignacio ya la ampliación de los puntos de consideración, que será propia de la Pasión, y tiene tan hondo sentido. Pues además de considerar, como en los misterios anteriores de la vida mortal, lo que hacen las personas del misterio y lo que dicen (ver las personas, oír lo que dicen,

mirar lo que hacen), añade ya el santo tres puntos propios de la pasión.

En el cuarto, «considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la Humanidad, o quiere padecer». Esta consideración nos lleva ya al interior del Señor, a su voluntad y amor: «Lo que quiere decer.» Es decir, nos lleva al Corazón y a su pasión, al amor de la entrega interior. En el quinto, «considerar cómo la Divinidad se esconde, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer a la sacratísima Humanidad tan cruelmente». El profundo misterio de la agonía de Getsemaní y del abandono de la Cruz. El misterio de las dos naturalezas en unidad de persona, junto con la voluntad de sufrir. Nos llamamos en lo más hondo del misterio del Corazón de Jesús, signo tanto del Amor divino como del humano de Cristo. Finalmente, en el punto sexto, «considerar cómo todo esto padece por mis pecados, etc., y qué debo yo hacer o padecer por El». La relación directa que establece el santo entre el sufrimiento de Cristo y mis pecados propios, son eco de la célebre palabra de Pablo: «Me amó y se entregó por mí.» Se establece una relación de afecto personal mutua, y es de corazón a Corazón. Es extraordinaria la palabra final: «Qué debo yo hacer y padecer por El.» Porque en la primera semana, en el coloquio de Cristo crucificado de la primera meditación, tan sólo

ha preguntado ante Cristo: «¿Qué debo yo hacer por Cristo?» Pero ahora, al «hacer», que repite, añade el «*qué debo padecer por El*», que lleva a la identidad de sufrimiento voluntario de amor, tan propia de la devoción al Corazón de Jesús. Es un amor doloroso ante el Amor doloroso, «y habría que decir: “Amor y dolor con amor y dolor se pagan”.»

Contemplación de Getsemaní

Esta admirable escena evangélica, llena de la más plena esencia de la Redención, es tan propia de la devoción al Corazón de Jesús, por ser el sufrimiento del Corazón, que el Señor pidió especialmente la llamada Hora Santa, como lo transcribe Santa Margarita María en una de las principales revelaciones del Corazón de Jesús: «Comulgarás todos los primeros viernes de cada mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que tuve a bien sentir en el Huerto de las Olivas... A fin de acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis angustias, te levantarás entre once y doce de la noche para mostrarte conmigo...» (*Autob.* V). No copiamos tales palabras para indicar que el ejercitante deba hacer este propósito, aunque sea bueno, sino para poner de relieve el perfecto encaje que esta meditación de los ejercicios tiene con la devoción del Corazón de Jesús. Al fin, en ella como en ninguna quizás se hace el ejercitante compártice de la pasión íntima del Corazón de Jesús, que como señala San Ignacio en los misterios con detalle imaginativo de relieve, hizo a Jesús sudar sangre en forma de gotas o trombos «que corrían a tierra —dice San Lucas, lo cual supone estar las vestiduras llenas de sangre». La visión del Huerto en San Ignacio es tan dramática que ve a Jesús totalmente ensangrentado, con los vestidos rojos de sangre, como el profeta Isaías lo contemplo: «¿Quién es éste que viene de Edom, con los vestidos teñidos de rojo? ¿Por qué está rojo tu vestido, como el de los que pisan el lagar? He estado solitario pisando el lagar, y la sangre de ellos está sobre mis vestidos...» (Is. 63, 1-3). Pero el hombre de Isaías con el vestido rojo lo tenía teñido de sangre ajena, en victoria de cólera; en tanto que Jesús en el Huerto los tenía teñidos de sangre propia, de redención. «Es el día de la venganza de mi Corazón, el año de mi

redención» (Is 63, 4). Y esta redención fue de misericordia antes de que llegue a serlo de justicia en el último día. Sangra redimiendo a los que quiere no tener que castigar.

Contemplación de la lanzada

La piedad de San Ignacio no podía omitir rasgo tan misterioso y lleno de penetración hacia Cristo como el de la lanzada que le abrió el costado, texto evangélico fundamental para la devoción y culto del Corazón de Jesús, pues enseña que fue abierta una llaga en el costado, que llegó ciertamente al Corazón, como deduce con seguridad Pío XII en la *Haurietis Aquas* (AAS, 1956, 334) ñe la intención y costumbre militar del soldado ejecutor del golpe de ajusticiamiento, para no dejar duda posible sobre la muerte de Jesús.

Las palabras de San Ignacio en la meditación que dedica a «los misterios hechos en la Cruz», tras las siete palabras del Redentor, y el dolor de la naturaleza con el velo rasgado de arriba abajo (misterio también relacionado con el Corazón abierto místicamente), son las siguientes: «Fueron divididas sus vestiduras, *herido con la lanza su costado manó sangre y agua*». Está completa la referencia. La túnica indivisa sorteada, como símbolo de la unidad eclesial que brotaría de la llaga. Y directamente el golpe de la lanza con la herida abierta en el costado del Señor muerto. La herida, contempla San Ignacio con Juan evangelista, manó sangre y agua. Es el misterio que testimonia el discípulo amado, que lo vio personalmente. He aquí uno de los momentos claves para que el ejercitante, llevado de la mano de los misterios del Señor hasta este punto, se adentre por la herida en la visión del misterioso Corazón que la Iglesia adora, conforme a la profecía del evangelista y del profeta: «Mirarán al que atravesaron.» Aquí la oportunidad ofrecida al director del ejercitante para enseñarle más a fondo los tesoros de este Corazón, que expone la encíclica *Haurietis Aquas*, con la tradición de la Iglesia y de los Padres, y que se hacen visibles en el torrente de la sangre y el agua, sacramentos del amor, en especial la Eucaristía y el Bautismo. Y desear ser purificado aquí «como con un nuevo bautismo», y desea recibir la sangre del Señor, que penetra purificando y con el Cuerpo alimenta. Aprender los tesoros de este Amor sin límites en la pausada contemplación de la herida abierta de Jesús, y la Iglesia que nace.

4.ª SEMANA: APARICIÓN A TOMÁS

En la cuarta semana de gloria, ya desde la misma Resurrección se podría abrir camino a la mirada sobre el Corazón glorioso del Resucitado, brillante como un sol a través de su herida conservada. Como en la Trasfiguración el rostro, aquí el Corazón también. «Sus cinco llagas brillaban como cinco soles —escribe Santa Margarita María—, y por todas partes salían llamas de su Sagrada Humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecía un horno. Abrióse éste, y me descubrió su Corazón, que era el vivo foco de amor de donde procedían semejantes llamas» (*Autob.* V). Y León XIII y Pío XII: «Brilla con llamas de maravilloso fulgor.»

Pero es al llegar a la aparición a Santo Tomás, cuando le presenta la herida abierta y gloriosa de manos y costado (según San Juan), e invita al discípulo recalcitrante a creer y meter dedos y manos en sus llagas, cuando encontramos de nuevo otra clara oportunidad de que brote una nueva rama del sagrado árbol de la devoción. Aquí dice San Ignacio: «Dice a Santo Tomás: Mete aquí tu dedo y ve la verdad, y no quieras ser incrédulo sino fiel. Santo Tomás creyó, diciendo: «Señor mío y Dios mío.» No hace falta más para comprender cómo puede en este punto abrirse al ejercitante la fe en el Sagrado Corazón y en su Amor, y con esta fe la misma entrega que es su fruto: Señor mío y Dios mío. Es un resumen de consagración al amor.

Contemplación para alcanzar amor

Toda esta contemplación que corona los ejercicios, y como su mismo título indica, es un lugar que podríamos llamar clásico para llegar a una plena consagración al Amor, en el Corazón de Jesús. Que es una consagración o entrega al Amor divino no es dudoso, pues el título lo dice y la contemplación lo desarrolla. En cuanto al otro elemento necesario, la presencia del Corazón herido, aunque como ya dijimos no es propuesto directamente por San Ignacio, pero tenemos necesariamente que considerar que ahora el «Señor» a quien la entrega del ejercitante se ofrece con la fórmula célebre: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad...», no es solamente Dios Padre, a quien al principio consideramos como Creador del hombre, sino es Jesucristo, Dios y Hombre verdadero y glorificado a la derecha de Dios, a quien el ejercitante ha aprendido a comprender y amar y seguir íntimamente. Y acabamos de ver, con Santo Tomás el apóstol, cómo la mirada

del amor al Señor en el fondo de su Corazón. Por eso resulta obviamente ignaciano pensar que el «Señor» de la fórmula es Jesús resucitado con su Corazón abierto y glorioso.

La misma contemplación ofrece apoyo ya para que esta afirmación se refuerze en las palabras utilizadas. Pues primero explica lo que es el amor, que ocupa el centro del interés de Ignacio, y que es lo significado por la Iglesia a indicación del Señor, en el culto a su Corazón. En los beneficios se considera lo que me ha dado «y lo que desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina». Es la entrega de El, a la que debe responder la nuestra. «Mira este Corazón —recordemos ahora— que tanto ha amado a los hombres hasta agotarse...» Lo que yo de mi parte debo dar y ofrecer son: «Todas mis cosas y a mí mismo con ellas», es decir la perfecta consagración total. Lo que pedimos a cambio en una de las puras expresiones de perfecto amor que el hombre ha expresado es: «Dadme vuestro Amor y gracia, que ésta me basta.»

Se contempla después la presencia de Dios (y Jesús es Dios verdadero) en todas las cosas, y su trabajo. Tanto la presencia como el trabajo «ad modum laborantis», que en Dios son plenarios, pero el trabajo metafórico, manifestado en sus efectos, en Jesús no así. Pues su presencia es eucarística y mística en las almas y en la Iglesia, y su trabajo no ha sido solamente «al modo d l que trabaja», sino con trabajo «hasta la sangre» (Hebr. 12,4).

Finalmente, es de suma importancia considerar qué atributos expresa San Ignacio en la divinidad para que admiremos sus reflejos en la creación, «como del sol, descienden los rayos, de la fuente las aguas...». Son, juntamente con la potencia infinita de arriba, «la justicia, la bondad, la piedad, la misericordia». Los tributos señalados son los más propios del Corazón de Jesús, porque se trata en la contemplación del Amor divino. Y así podemos decir que el «etc.», con que los cierra como un resumen puede ser sustituido por «el Amor», que es reflejado en el amor creado en tantas hermosas facetas. Es el Amor de Dios y de Cristo, significado en el Corazón de Jesús, el último destello que podemos recoger de este recorrido por el libro de los ejercicios. En el Amor, y en el Corazón de Cristo en donde brilla glorioso, se cierra el círculo perfecto iniciado en la creación. Aquí retorna en la entrega total.

ACTO DE CONSAGRACION DE
«SCHOLA CORDIS IESU»
AL CORAZON INMACULADO Y MATERNAL DE
MARIA, MEDIANERA DE TODAS LAS GRACIAS

¡Oh María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa del Espíritu Santo!

Ante Vos, que en esta venerada imagen os dignáis presidir «Schola Cordis Iesu», nos postamos hoy para consagrar a vuestro Corazón Inmaculado nuestras personas y nuestra obra, suplicándoos con fiadamente queráis tomarlas bajo vuestra maternal protección.

En la terrible hora que atraviesa la Iglesia de Dios, ¡dadnos entrañas de compasión por los sufrimientos de nuestro Santo Padre el Romano Pontífice, cuyo corazón debe saber de la agonía que oprimió en Getsemaní a nuestro divino Redentor! ¡Haced que nos conmovamos con él por los dolores de todos vuestros hijos perseguidos, sintamos sus peligros y nos enardezcan sus gloriosos ejemplos!

¡Alcanzadnos el espíritu de humildad y de pobreza, el desprecio del mundo, el celo por la justicia, la generosa correspondencia al llamamiento de Cristo Rey y una tierna y verdadera devoción al Corazón de Jesús y al Vuestro!

¡Abreviad, con vuestra intercesión todopoderosa, este tiempo de aflicción y de prueba, que por nuestros pecados hemos merecido; triunfe vuestro Corazón Inmaculado, según habéis prometido, sobre el enemigo del género humano; y advenga ya aquel día dichosísimo en que todos los hombres, redimidos por la sangre de Cristo y por vuestros sufrimientos al pie de la Cruz, no harán más que un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor!

12 noviembre 1951.